Iris Blythe Grey

OCHO MINUTOS PARA ENAMORARSE

(MÁS O MENOS)



IRIS BLYTHE GREY

Ocho minutos para enamorarse (más o menos)

Copyright © 2025 by Iris Blythe Grey

All rights reserved. No part of this publication may be reproduced, stored or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, scanning, or otherwise without written permission from the publisher. It is illegal to copy this book, post it to a website, or distribute it by any other means without permission.

Safe Creative: 2507092445385

Contents

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12

1



Eliza

No debería estar aquí.

El pintalabios ya era una mala señal. Rojo. Rojo chillón. No "rojo confianza" ni "rojo encanto sutil". No. Era ese tipo de rojo que grita: "¡Eh, he hecho un esfuerzo!" Cuando, por supuesto, no lo había hecho. El vestido tampoco era mío. Era de Maureen, que insistió, y cito textualmente, en que "atraía a lesbianas como la miel a las abejas". No sabía si eso era un piropo o una amenaza sutil.

El local intentaba demasiado. Lucecitas colgantes parpadeando como si tuvieran ansiedad escénica, mesas redondas con manteles blancos demasiado brillantes para ser casuales, y de fondo una especie de pop francés de los 90. Ese tipo de música que suena en películas indie cuando dos desconocidos se cruzan en la sección de verduras. No me habría sorprendido que alguien tropezara con una baguette.

Maureen, cómo no, había desaparecido. Tenía "otros planes", que probablemente incluían observarme desde lejos mientras me arrastraba por este evento. Me apuntó a esto tras una campaña de chantaje emocional que incluía una promesa de tortitas diarias si sobrevivía. "Una noche, Eliza. Solo una noche de citas rápidas. Si es horrible, te hago el desayuno durante un mes." Odiaba lo bien que me conocía.

Las primeras rondas fueron… aceptables. La Chica Uno estudiaba arquitectura y tenía una pasión ligeramente inquietante por los mapas antiguos. La Chica Dos decía ser panadera, pero lo único que hizo fue hablar de cómo amasar pan era su forma de terapia para el trauma. La Chica Tres daba clases de yoga y planeaba abrir un retiro tántrico en Oregón. Todas eran majas, intensas, encantadoras. Raras de ese modo intenso que da pereza.

Y entonces llegó la Ronda Cuatro.

Se sentó como si no terminara de encajar en su propia ropa. Jersey granate demasiado grande, mangas arrugadas en las muñecas, rizos revueltos como los de un león echando la siesta. Sus ojos fueron lo primero que noté—no tanto el color, sino el modo en que no paraban quietos. Un tono extraño, ámbar con miel, que cambiaba según le diera la luz.

Había algo raro en su cara. No era feo. Solo… inusual. Como si alguien la hubiera montado con piezas de otra persona. Y todo de forma muy intencionada.

Como si estuviera escondiéndose a plena vista.

—Hola —dijo, tirando de la manga del jersey—. Soy Kate.

—Eliza —respondí, con más facilidad de la que esperaba—. ¿Todo bien?

—Creo que sí. Esto es… menos raro de lo que pensaba.

—¿Ese es tu look oficial para una primera cita? —bromeé, señalando su jersey.

Bajó la mirada y sonrió—una sonrisa rápida, torcida, un poco insegura.

—Es mi jersey de emergencia emocional. Me lo pongo cuando hay posibilidades de perder toda la dignidad.

—Me parece inteligente. Yo tengo una sudadera para eso, pero está llena de tinta.

—¿Tinta?

—Ilustradora. De libros infantiles.

Su cara se iluminó. De verdad. No esa expresión falsa de "oh qué interesante" que ponen algunos. No. Fue sincera.

—Eso suena a tener una ventana a lo bonito del mundo.

Parpadeé. La mayoría de la gente no lo entiende tan rápido.

—A veces. Aunque los monstruos de colores pueden ser bastante aterradores también.

—Como las primeras citas.

Las dos reímos. Y así, sin más, dejó de parecer una cita de ocho minutos.

Parecía otra cosa. Como si, de algún modo, ya nos conociéramos.

No fue un flechazo.

Fue algo más lento, más dudoso. Como ese olor que te resulta familiar antes de darte cuenta de que es tu favorito. Conocido, pero sin lógica.

Kate estaba sentada frente a mí como si la hubieran dejado caer en esa sala por error y hubiera decidido aprovecharlo lo mejor posible. Su postura era cuidadosa, las manos entrelazadas sobre la mesa como si intentaran escaparse. Pero su voz —baja, un poco ronca— tenía una dulzura inesperada. Ese tipo de tono que se usa cuando no quieres espantar algo. O cuando no has hablado con sinceridad en mucho tiempo.

—Entonces —dijo, parpadeando despacio—, cuéntame algo totalmente inútil sobre ti.

Incliné la cabeza.

—¿Inútil?

—Sí. Nada de trabajo ni metas vitales. Algo que jamás pondrías en un currículum.

Me lo pensé un momento.

—No puedo comer sopa si la superficie tiene marcas de cuchara.

Frunció el ceño.

—¿Eso qué significa?

—Ya sabes, cuando metes la cuchara y queda ese surco, como una ondita. No puedo con eso. Tengo que removerlo hasta que quede liso antes de seguir.

Kate se echó hacia atrás, fingiendo tomarse en serio la gravedad de mi confesión.

—Eso es… impresionante. Ligeramente preocupante, pero impresionante.

—Te toca —dije, divertida—. Dime algo inútil.

Tardó unos segundos.

—Le pongo nombres de telenovela antigua a mis plantas. Ahora mismo tengo un helecho que se llama Margot, es muy dramática y no crece a menos que le hable.

Eso me hizo reír. De verdad. No la risa cortés que les había regalado a la terapeuta del pan o a la gurú del tantra. Una carcajada de las buenas. Me sorprendí relajándome, olvidando incluso el cronómetro que debía de estar agotando nuestros minutos en segundo plano.

—¿A qué te dedicas, en realidad, Kate? —pregunté, porque ocho minutos dan para, al menos, una pregunta un poco impertinente.

—Trabajo en producción cinematográfica —respondió demasiado rápido —. Temas de logística, organización, solucionar marrones. Cosas aburridas.

Le arqueé una ceja.

—No pareces aburrida.

—Es porque ahora mismo estoy fingiendo ser alguien que sabe coquetear.

Su sinceridad me pilló por sorpresa. Y quizá era la luz, o el mantel que brillaba demasiado, pero por un momento sentí que la conocía desde hacía más de cuatro minutos.

Hablamos de todo lo que no importaba y, de alguna manera, también de todo lo que sí. Mascotas que habíamos perdido. Sueños demasiado pequeños como para decirlos en voz alta. Le conté que una vez titulé un libro infantil con el nombre de mi perro de la infancia. Me contó que una vez lloró viendo un anuncio de cereales y aún no lo había superado.

Había algo descolocado en todo aquello. Como un cuadro colgado un poco torcido. Pero funcionaba. No intentábamos impresionarnos. No seguíamos una lista mental de requisitos. Solo hablábamos. Dos personas fingiendo que no notaban cómo el mundo intentaba meterlas a empujones en compartimentos de ocho minutos.

Sonó la campana. Aguda. Definitiva.

Kate me miró como si no quisiera moverse. Y durante un segundo, yo tampoco quería.

Y entonces se fue. Así, sin más. Un borrón de jersey enorme y demasiadas preguntas. La vi desaparecer entre las mesas, y me recosté en mi silla, de repente insegura sobre qué podía ofrecerme la siguiente ronda.

Porque algo había empezado.

Y yo no quería que se acabara.

No recuerdo bien la quinta cita. O lo que fuera.

Era simpática, creo. Florista. Voz suave. Opiniones firmes sobre las abejas. Asentí mucho, dije algo sobre alergias primaverales y sonreí cuando tocaba. Pero mi cerebro ya no estaba allí. Se había quedado en la mesa anterior, enredado en mangas de jersey y en unos ojos indecisos que no encajaban en ningún círculo cromático conocido.

Me había apuntado a esto convencida de que sería un disparate. Algo para contar como anécdota divertida. Tal vez con suerte sacaría una historia curiosa. No esperaba encontrar… lo que fuera que Kate fuese. No solo

interesante, sino familiar. No solo mona, sino rara. Rara en el tipo exacto de rareza que hace que quieras seguirla fuera del edificio sin pensártelo dos veces.

En vez de eso, me quedé sentada mientras dos mujeres más se turnaban en la silla frente a mí. Las dos amables. Las dos educadas. Las dos equivocadas.

Cuando sonó la última campana y la organizadora del evento —con su carpeta llena de purpurina— anunció la hora de "mezclar y socializar", yo ya iba por la mitad del camino hacia el perchero. No quería socializar. Quería una siesta. O una máquina del tiempo. O quizás una sola pregunta más con ella.

Y allí estaba.

Junto a la mesa del café, sirviéndose una taza templada como si no notara las miradas a su alrededor. O quizás sí las notaba, pero simplemente le daban igual. Desde la distancia se la veía distinta. No misteriosa. No intimidante. Solo… como alguien que intenta no derramar nada. Y, sinceramente, eso hizo que me gustara aún más.

Dudé. ¿Y si me lo había imaginado todo? ¿Y si solo estaba siendo amable? Ocho minutos no deberían bastar para que algo significase tanto. ¿Verdad?

Me coloqué el abrigo. Di un paso hacia la salida. Me detuve.

Ella levantó la vista.

Y sonrió.

No fue esa sonrisa tensa que se da en eventos incómodos de networking. Tampoco la de flirteo de antes. Era otra cosa. Suave. Real. Como un "hola" en silencio, envuelto en franela y nervios.

Así que caminé hacia ella.

—Hola —dije.

—Hola —repitió—. Esperaba que aún estuvieras por aquí.

—Por los pelos —admití—. Estuve a cinco segundos de elegir huida en lugar de lucha.

—Yo igual. Me he manchado la manga con café, así que no puedo irme. No quiero parecer una catástrofe andante.

—Creo que eso solo suma puntos a tu misterio.

Se rió. Brevemente. Preciosa.

Hubo una pausa. No de esas incómodas. De las otras. Las que solo existen cuando las dos personas están esperando a que la otra diga lo que ambas están pensando.

—¿Te gustaría… tomar un café algún día? —preguntó por fin, apartándose un mechón del rostro—. Quiero decir, de forma intencionada. Sin chapas con nombres ni luces de discoteca.

Asentí.

—Sí. Por supuesto.

Intercambiamos números. Sin florituras. Sin tensión dramática. Solo dedos que se rozaban sobre pantallas y nombres guardados con emojis tontos. Ella me puso un dinosaurio. Yo le puse un cruasán.

—Soy Kate —dijo otra vez, más bajito, como queriendo asegurarse de que no se me olvidase.

—Lo sé —sonreí—. Yo soy Eliza.

Y, de alguna manera, eso ya parecía un principio.

Cuando llegué a casa, lo primero que hice fue quitarme el pintalabios.

Nunca había sido yo. Ni cuando me lo probé en la farmacia, ni cuando lo vi estampado en la copa de vino de Maureen tras su discurso de "esto empodera". Y mucho menos cuando me vi reflejada en la ventana del metro, con pinta de ilustradora infantil intentando parecer una adulta segura de sí misma.

Así que me lo quité. Luego me quedé mirándome. Y luego me reí, porque volvía a parecer yo. Piel pálida, pecas, un moño que desafiaba las leyes de la gravedad y una chaqueta de punto con manchas de tinta que solo podía culparme a mí misma por no lavar.

Pero estaba sonriendo.

No una gran sonrisa. No la que pones cuando alguien elogia tu trabajo o cuando por fin acabas esa factura que llevas semanas evitando. No. Era una sonrisa pequeña. De esas que se escapan en las comisuras, tímida, casi sin querer. La clase de sonrisa que nace cuando recuerdas algo bonito, pero aún no estás lista para admitir cuánto te ha tocado.

Me senté en el borde de la cama y lo reviví todo. El jersey enorme. La voz que sonaba como un susurro con intención. Ese color de ojos que cambiaba entre caramelo y tormenta. La manera en que escuchaba. No como quien espera su turno para hablar. Sino como quien de verdad quiere oírte.

No recordaba la última vez que alguien me había hecho reír en un primer encuentro. Reír de verdad. No por cortesía. Reír de esas que te abren un poco las costillas.

Cogí el móvil. Miré la pantalla sin motivo. Luego otra vez. Y una más, por si acaso la realidad había cambiado en los últimos siete segundos.

Nada de Kate.

Lo cual estaba bien. No había pasado tanto tiempo. Parecía el tipo de persona que esperaría un poco. Que no querría parecer ansiosa. O quizás ella también estaba mirando su teléfono, haciendo scroll nervioso y fingiendo que le interesaban sus correos.

Tiré el móvil sobre la cama y fui a la cocina a hacerme una infusión. De esas que solo preparo cuando necesito calmarme, cuando tengo entregas o cuando quiero fingir que soy una persona que bebe infusiones y tiene la vida bajo control.

Mientras hervía el agua, pensé en su jersey. Ese granate ridículo. Aún podía imaginar cómo se arrugaban los puños en sus muñecas. Como si lo hubiera lavado mil veces. Como si lo quisiera. Como si le perteneciera de la misma forma que a mí me pertenecen mis tazas desconchadas y mis pinceles torcidos.

Parecía una tontería sentirme así después de ocho minutos. Pero no me sentía tonta. Me sentía… como si algo se hubiera desplazado. Solo un poco. Lo justo para notarlo.

Ya en la cama, miré el móvil otra vez. Seguía en blanco.

Me obligué a dormir. A no convertirlo en un drama.

Pero guardé su número con un emoji de dinosaurio. Por si acaso.

A la mañana siguiente, me repetí que no estaba pensando en ella.

Mentira, obviamente. Pensé en ella antes incluso de abrir los ojos. Antes de mirar el móvil. Antes de prepararme una segunda taza de café porque la primera sabía a crisis existencial y esperanzas quemadas.

Ningún mensaje.

Lo cual, insisto, estaba bien. Todo bien. Todo bieeen.

No soy el tipo de persona que se encariña tras ocho minutos y un jersey. He sobrevivido a cosas peores: corazones rotos, críticas en la escuela de arte, una cita a ciegas con una mujer que trajo a su iguana en una mochila. Comparado con eso, el silencio era fácil.

Aunque no era realmente silencio. Era expectativa con megáfono. Era mi cerebro proyectando miles de simulaciones de cómo podría sonar un mensaje. ¿Y si no escribía nunca? ¿Y si ya lo había hecho y se había perdido en el agujero

negro del Wi-Fi? ¿Y si era de esas personas que esperan exactamente veinticuatro horas como si fuese una regla sagrada del cortejo queer?

Intenté trabajar. Abrí el cuaderno. Miré la página en blanco. Dibujé una rana torcida con ojos de ansiedad y me rendí.

En su lugar, me puse a revisar los contactos, fingiendo que no buscaba su nombre. Pero ahí estaba: Kate 🐊, porque fallé al elegir el emoji de dinosaurio y puse un cocodrilo. Y ahora no podía cambiarlo sin sentir que estaba moviendo los muebles emocionales de sitio.

Debería haberle hecho más preguntas. Tipo qué café le gustaba. Si tenía hermanos. Si su voz sonaba siempre así, suave y un poco ronca, como si hubiese estado cantando canciones tristes dentro de una almohada.

Pero no habíamos llegado tan lejos.

Solo a jerseys de emergencia y plantas con nombre. A monstruos de colores y ojos que sabían a finales de verano.

Volví a coger el móvil, solo para sentirme ridícula.

Y entonces se iluminó.

Kate 🐊:

Hola. Espero no interrumpir tu importantísimo ritual de remover la sopa, pero... ¿te apetecería un café este finde? Prometo no psicoanalizar tu elección de bebida.

Me quedé mirando el mensaje como diez segundos.

Lo leí otra vez.

Y sonreí. Esa sonrisa estúpida que esperas que nadie vea. La que te relaja los hombros sin darte cuenta.

Esperé exactamente dos minutos antes de responder. El equivalente digital a hacerse la interesante.

Yo:

Solo si me prometes que algún día me presentarás a Margot, la helecha dramática. Y nada con leche de avena. Me hace sentir juzgada.

Respondió con un gif de una tortuga haciendo jazz hands.

Y supe que sí.

Kate no era solo una buena cita.

Podía ser una buena historia.

Una que aún no había empezado a escribir, pero que ya estaba escribiendo algo en mí.

No volví a casa flotando. No es mi estilo. Yo no floto. Yo sobrepienso, tropiezo con baldosas y le mando a Maureen audios eternos sobre mi incapacidad de comportarme como una persona funcional en contextos sociales.

Pero esa noche no le mandé ningún audio a nadie.

Me lavé los dientes pensando en su risa —corta, sorprendida, como si no se la esperara ni ella misma. Me puse mis pantalones favoritos, los manchados de tinta. Y recordé cómo se recogía las mangas sobre las palmas al responder una pregunta. Me metí en la cama y repetí en bucle su frase: "jersey de emergencia emocional". Porque, honestamente, merecía estar bordada en una almohada.

Esto no fue un rayo.

De esos ya he tenido—rápidos, desordenados, normalmente seguidos de decepción y el impulso de borrar todo el historial de mensajes. Kate no era eso. No me atravesó como un destello. Se asentó. Como unos calcetines calentitos en un suelo frío. Como un suspiro que no sabía que estaba conteniendo.

Y eso era… inquietante.

He tenido muchas citas "bien". De las que sonríes durante el postre y borras su número al cerrar la puerta. Pero esto fueron ocho minutos y no podía dejar de preguntarme qué más habría dicho si el cronómetro no hubiera sonado. Qué hacía cuando no tomaba café templado en eventos incómodos. Cómo sería cuando no estuviese intentando decidir si reír o escuchar.

Ni siquiera sabía su apellido.

Miré el móvil. La pantalla me devolvió el blanco con aire de superioridad.

¿Lo había malinterpretado todo? ¿La chispa, la facilidad? Tal vez simplemente era buena dando primeras impresiones. Quizás hacía que todas se sintieran como si ya la conocieran de otra vida.

O quizás—solo quizás—ella también lo había sentido.

Dibujé un garabato junto a su contacto, porque es lo que hago cuando me pongo nerviosa. Un jersey diminuto. Granate. Torcido. Al lado de su nombre: Kate. Sin emojis esta vez. Solo su nombre.

Y de algún modo, eso ya me pareció suficiente.

Debería haberme dormido.

En su lugar, me tapé hasta la barbilla e imaginé versiones de ella. Una con plantas por toda la casa. Otra con un perro de nombre literario y un bol de

M&M's ordenados por colores. Otra más tocando el chelo a medianoche solo por drama.

Cada versión era distinta. Todas me hacían querer conocer a la real.

Y justo antes de que el sueño me venciera, me dije una verdad en voz bajita, con cuidado:

Algo había empezado.

No algo grande.

Ni algo rápido.

Pero sí algo verdadero.

Y de verdad, de verdad, esperaba que volviera a escribir.

2



Kate

El jersey granate descansaba en el respaldo de mi silla, arrugado y arrogante, como si supiera perfectamente el poder que ejercía sobre mí. Lo observaba mientras me cepillaba los dientes, con la espuma acumulándose en las comisuras de la boca, debatiéndome entre el valor de los rituales y el riesgo de cambiarlos.

¿Repetir modelito sería demasiado obvio? ¿Daría la impresión de ser una sentimental sin imaginación? ¿O peor aún: alguien que solo tiene un conjunto decente en todo el armario?

No soy supersticiosa. No de verdad. Pero llevaba ese jersey la primera vez que la vi. Y había algo en él—en cómo se arrugaba en mis muñecas, en cómo me hacía sentir un poco menos impostora—que me hizo dudar.

Al final, elegí otra cosa. Un vestido negro sencillo. Cazadora vaquera. Zapatillas blancas que parecían elegidas al azar pero que habían supuesto veinte minutos de indecisión frente al armario. Y un pañuelo. Gris claro, suave, ajustado al cuello justo lo suficiente como para sentirse armadura. Camuflaje disfrazado de estilo.

Llegué con quince minutos de antelación y me senté en el banco de enfrente del café, fingiendo que miraba el móvil. No estaba espiando. No exactamente. Solo… anticipándome. Observando la puerta con la intensidad despreocupada de alguien que intenta no parecer que está observando la puerta.

Cuando la vi, se me olvidó cómo respirar.

Eliza caminaba como si viniera de un sitio más tranquilo que esta ciudad. Como si el ruido la rodeara sin tocarla, respetuoso. Llevaba un moño gigantesco y desordenado que probablemente no era intencionado, pero

merecía ser inmortalizado en un cuadro. De un hombro colgaba una mochila con estampado de nubes, como si viniera directa de su trabajo soñado enseñando arte a dragones bebés.

Me levanté demasiado rápido y crucé la calle justo cuando ella llegaba a la puerta.

—¡Hola! —solté, demasiado entusiasta, demasiado brillante.

—Hola —respondió, con una sonrisa que le asomó a los labios como si aún no hubiera decidido si comprometerse del todo con ella.

—Llegaste pronto.

—Técnicamente a la hora. Pero sí, pronto.

Alzó una ceja.

—¿Eso es porque te importa o porque eres una maniática del control?

—Ambas —admití, sin inmutarme.

Se rió. Una sola vez. Pero fue suficiente para calmar el zumbido que tenía bajo las costillas.

Entramos al café. La dejé ir delante. Eligió una mesa junto a la ventana, se remangó sin pensarlo y pidió un capuchino como si lo hiciera cien veces por semana. Yo intenté imitar su calma lo mejor que pude, pero aún sujetaba la taza con demasiada fuerza cuando me la trajeron.

Compartimos una porción de tarta—chocolate negro con sal marina. Una de esas combinaciones modernas que suenan pretenciosas pero funcionan. El primer bocado casi me hizo atragantarme por aguantar la risa.

—No esperaba que la sal me pegara tan fuerte —dije.

—Por eso me gusta —respondió—. Un postre con carácter.

Y de repente, solo así, el mundo dejó de parecer un escenario.

Solo dos personas. Un café. Una tarta que sabía a caos y consuelo. Y una segunda oportunidad para lo que fuera que esto estuviera empezando a ser.

No sabría decir cuándo empezó exactamente esa sensación. La de estar fingiendo, casi siempre, ser otra persona. Pero allí, en ese café, frente a Eliza y sus dedos manchados de tinta de dinosaurio agarrando una taza de capuchino, no estaba fingiendo. No del todo.

O tal vez sí. Pero si lo hacía, no se sentía como mentir. Se sentía como proteger algo pequeño, todavía no listo. Como tararear una canción por lo bajo sin querer que nadie más la escuche aún.

Ella ladeó la cabeza al escucharme. Un poco hacia la derecha, como un pájaro curioso. Sus ojos eran más verdes a la luz del día. O quizá era el reflejo del cristal detrás de mí. No lo sabía. Tampoco me importaba. Solo sabía que me miraba como si no hubiera decidido todavía si quería dibujarme o interrogarme.

Incliné la cabeza, medio sonriente.

—¿Trabajas a tiempo parcial como tatuadora de peluches o eso es solo un efecto secundario de tu oficio?

Parpadeó.

—¿Perdón?

—Tienes tinta en la muñeca —señalé—. Y esa tirita con ranitas… Muy "genia excéntrica en plena faena".

Se rió, pillada.

—Estaba ilustrando a un dragón con miedo a los globos. Larga historia.

—Lo leería —dije, sonriendo.

No pretendía descolocarla. Pero supe que lo había hecho. Pregunté porque quería saber —porque siempre quiero saber—, y tal vez eso no es lo que se espera en una primera cita.

Bebí un sorbo de café, dejando que la taza me calentara las manos.

—¿Y tú? ¿Algún pasado artístico secreto que deba conocer? —preguntó ella, con esa chispa de curiosidad en los ojos.

Solté una risa suave.

—Una vez intenté tejer una bufanda y terminé con un monstruo de lana que mi madre aún usa para limpiar los cristales del coche. Ese es el alcance de mi creatividad.

—Útil, al menos.

—Mucho. Creo firmemente en el fracaso práctico.

Dios. Era encantadora.

No del modo pulido y ensayado al que estoy acostumbrada. Sino del tipo de persona que simplemente… es. Como si su cerebro estuviera cableado para una magia tranquila. Me ponía nerviosa. Y odiaba estar nerviosa.

Después del café, propuso que saliéramos a caminar. Asentí demasiado deprisa. Las calles estaban más silenciosas de lo que recordaba, o tal vez era ese zumbido en el pecho que lo apagaba todo. Caminamos sin hablar durante unas

cuantas manzanas. Una al lado de la otra. De vez en cuando rozándonos los brazos. De vez en cuando olvidándonos de mantener la distancia.

Pasamos junto a un mural de girasoles en la pared de una lavandería, y ella se detuvo para hacerle una foto con una cámara analógica que sacó de su mochila como si fuera lo más normal del mundo.

—¿Siempre la llevas encima? —pregunté.

—Solo cuando quiero recordar algo.

Y disparó sin mirar por el visor.

¿Al mural? ¿A mí?

No lo pregunté.

Solo sonreí. Y seguí caminando.

Acabamos en una calle estrecha que se curvaba como si hubiera olvidado a dónde iba. Paredes de ladrillo a ambos lados, una de ellas cubierta de hiedra que trepaba con aire de saber secretos. De esos rincones que parecen sacados de una película extranjera y silenciosa, con miradas largas y sonido ambiente de más.

Ella iba unos pasos por delante, con los dedos rozando el borde de un mural medio borrado por el sol. Tenía pintura en la mochila. En el bajo de la manga. En la zapatilla. Me pregunté si habría algo en su vida que no estuviera marcado por ella.

—Me gusta esta calle —dijo, mirando por encima del hombro—. Siempre huele a madera vieja y recuerdos ajenos.

Quise preguntarle qué quería decir. Pero no lo hice. Me lo guardé, como todo lo que decía, bien archivado en ese cajón mental que ya no podía negar que tenía reservado para ella.

Pasamos frente a una librería. Se detuvo.

—¿Tienes prisa? —preguntó.

—No —mentí. Tenía un millón de cosas pendientes: guiones por leer, correos por ignorar, llamadas que esquivar… pero nada de eso importaba más que esto.

—Bien —dijo, empujando la puerta.

Dentro olía a papel y a historias. A ese polvo específico que solo se asienta sobre los libros cuyas páginas han sido abiertas muchas veces con amor. No

caminaba, se deslizaba. Como si cada estantería escondiera algo personal. Como si los libros la conocieran y estuvieran esperándola.

Yo la seguí sin tocar nada. Sin hacer ruido. Se agachó en la sección infantil y sacó un libro de tapa dura, amarillo chillón.

—Este lo ilustré yo —dijo.

Parpadeé.

—¿En serio?

Asintió y lo abrió por una página donde un oso con pijama se cepillaba los dientes, cubierto de espuma hasta las orejas.

—Esa soy yo —añadió.

Incliné la cabeza.

—¿Tú?

—La obsesión con el cepillo de dientes. El pelo caído. La angustia existencial en esos ojos de dibujo animado.

Reí. Demasiado fuerte.

Ella alzó la vista. Y de pronto, la sala se quedó muy, muy quieta.

Me pregunté si notaría cómo la miraba. Si podía sentirlo. Esa mezcla de asombro y cuidado. El suspiro que se me quedaba atascado detrás de las costillas cada vez que sonreía sin previo aviso.

No compramos el libro. Lo devolvió a su sitio como si perteneciera allí. Como si supiera que alguien más lo encontraría cuando lo necesitara.

Al salir, se ajustó la bufanda y me miró, seria.

—Espero que no suene raro, pero… esto no ha parecido una primera cita.

Asentí.

—No, no lo ha parecido.

—Más bien como…

Se quedó en silencio, buscando la palabra.

—¿Una secuela? —sugerí.

Sonrió.

—Exacto.

Y aunque no había pasado nada—nada real, nada concreto—sentí el cambio.

Como si se hubiera abierto una puerta en algún lugar que ni siquiera sabía que existía. Y yo ya estuviera justo en el umbral.

Seguimos caminando, aunque ninguna de las dos dijo que debíamos hacerlo. Ya no había destino—solo el despliegue lento de calles pequeñas y rincones silenciosos, de esos que existen en las ciudades pero parecen prestados de un sueño. El sol ya había bajado lo justo para teñirlo todo con ese resplandor dorado que hacía que las pecas de Eliza parecieran constelaciones.

Quise preguntarle si alguien las había mapeado alguna vez. Pero no lo hice.

En su lugar, comenté algo sobre la chimenea torcida de una casa por la que pasamos. Ella respondió con una historia sobre un vecino de la infancia que creía que las chimeneas eran portales para espíritus perdidos. Le pregunté si ella también lo creía.

—Solo los martes —dijo.

Era jueves. Sonreí de todas formas.

Cruzamos un puentecito. Abajo, el agua apenas se movía. Eliza se apoyó en la barandilla. Yo me quedé junto a ella, lo bastante cerca como para notar el calor que salía de su chaqueta. El silencio entre nosotras no era incómodo. Era otra cosa. Algo delicado.

Miré sus manos. Manchas de tinta en el pulgar. Uñas cortas, una un poco rota. Se movía como si no fuera del todo consciente de su cuerpo, como si viviera más en sus pensamientos que en sus gestos. Era extrañamente hermoso. Natural. Despreocupado. Sin guión.

—¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí? —preguntó, sin mirarme.

—Tres años —dije—. Pero viajo mucho. Por trabajo.

Asintió, como si ya lo supiera. Como si ya intuyera que no era alguien que se queda quieta.

—Yo llevo seis en el mismo piso —dijo—. Las paredes están un poco torcidas, pero me gusta. Es… imperfecto. Honesto.

Quise verlo. En ese instante. Irracionalmente. Solo para saber qué tipo de ventanas abre por las mañanas. Cómo es su sofá. Si deja las tazas a medias por la cocina o si ordena sus libros por colores o por puro caos.

Pero no dije nada.

El viento se levantó. Su pelo se le cruzó por la cara y no se lo apartó. Quise hacerlo yo, pero mi mano se quedó donde estaba—apoyada suavemente sobre la barandilla metálica. A pocos centímetros de la suya.

Una respiración. Dos.

Entonces se movió. Su meñique rozó el mío.

No fue intencionado. No fue un gesto calculado. Solo contacto. Mínimo.

Pero mi piel lo sintió como una chispa.

No se apartó.

Yo tampoco.

En lugar de eso, se volvió hacia mí y dijo:

—No eres lo que esperaba.

Parpadeé.

—¿Eso es bueno o malo?

Se encogió de hombros.

—Hablas menos de lo que pensaba. Pero… cuando hablas, parece que importa.

Eso me revolvió el estómago de una forma rara y desordenada.

No supe qué decir. Así que solo respondí con un "gracias", aunque no fuera suficiente.

Cuando retomamos la marcha, su brazo rozaba el mío a cada paso. No me aparté.

Seguíamos siendo dos desconocidas, en muchos sentidos. Pero algo estaba empezando a difuminarse en los bordes. Y eso me hacía querer quedarme más tiempo del que estaba permitido.

De vuelta al café—el mismo que habíamos pasado antes sin decir nada—Eliza señaló el asiento junto a la ventana como si le perteneciera.

—Este es el mejor —dijo, deslizándose en el sitio—. Vista perfecta de la gente que finge no mirarse en el reflejo del cristal.

Me senté enfrente y giré la cabeza hacia la acera. Tenía razón: dos personas ya lo habían hecho en menos de un minuto. Una incluso se arregló el pelo con cara de resignación. Eliza me miró con cara de "te lo dije" y se quitó la bufanda despacio, como si le costara soltar ese calor.

Un camarero se acercó. Ella pidió sin mirar la carta—"dos capuchinos y algo tan dulce que arruine el día".

—¿Siempre vas directa al postre? —pregunté, levantando una ceja.

—Solo cuando creo que alguien me puede gustar.

Me quedé paralizada, sin saber si reírme o sonrojarme. Hice ambas cosas, mal.

—Quiero decir —añadió, jugueteando con la manga—, tienes ojos de café. Está claro que eres compatible con el postre.

Abrí la boca para responder. Nada salió. Luego:

—Eso puede que sea lo más bonito que me han dicho en meses.

—Entonces necesitas rodearte de gente más amable.

Touché.

Cuando llegó el pastel—una tarta de pistacho y miel que parecía más de galería de arte que de pastelería—me pasó el tenedor con una solemnidad digna de tratados internacionales.

—Aviso —dijo—. Podría convertirte.

—¿A qué?

—A la iglesia de los postres con pistacho. Somos pocos, pero devotos.

Probé un bocado. Y vale, lo admito: era indecentemente bueno. Dulce, sí. Pero el pistacho entraba como una confesión inesperada, terrosa y elegante, atravesando la cremosidad con un matiz sutil, como una verdad que no sabías que necesitabas.

Eliza me miraba. No para ver mi reacción al pastel, sino como quien toma nota de todo. Mi postura, cómo masticaba, el instante exacto en que sonreí.

—Vale —dije, dejando el tenedor—. Lo entiendo.

—Te lo dije.

Parecía satisfecha, pero no engreída. Como quien te deja entrar en un secreto y se alegra sinceramente de que no te asuste.

Había algo desarmante en ella. No flirteaba como quien quiere algo. Solo… observaba. Señalaba cosas que nadie más veía. Y luego las dejaba ahí, como pequeños regalos, para que yo decidiera si los recogía o no.

La conversación fluyó. Libros. Citas horribles. Un cliente suyo que una vez le encargó una ilustración de Papá Noel haciendo la declaración de la renta.

Nos reímos. Mucho.

Y luego preguntó:

—¿Y tú, exactamente, qué haces en el cine?

El momento se tensó. Sentí cómo mi espalda se enderezaba, apenas perceptible.

—Me encargo de la logística —dije—. Mantengo el caos bajo control. Horarios. Problemas. Asegurarme de que se rueda lo que toca. Cosas invisibles.

—Eso suena importante.

—Lo es. Pero si lo hago bien, nadie lo nota.

Asintió, con los ojos suaves.

—Yo sí lo noto.

Y la creí. Y eso… eso fue, quizás, lo más peligroso de todo.

Nos quedamos hasta que la luz empezó a cambiar—cuando las lámparas suaves del café se encendieron y el mundo exterior se volvió de ese azul crepuscular que hace que la gente parezca versiones en acuarela de sí misma.

No quería irme. No porque estuviera disfrutando la conversación, aunque lo estaba. No por la tarta de pistacho, que había resultado curiosamente reveladora, aunque también. Sino porque tenía la sensación muy clara de que aquello que estaba naciendo entre nosotras—eso incierto, espontáneo, aún sin nombre—vivía mejor en momentos como ese. Momentos que no se piden. Que no se nombran. Que simplemente se viven, en silencio.

Pero el tiempo, como siempre, siguió sin pedir permiso.

Pagamos. O mejor dicho, pagué yo, a pesar del intento a medias de Eliza por colar su tarjeta en el mostrador.

—Invito yo —dije, poniéndome de pie y echándome al hombro la mochila con nubes—. Te he invitado yo, ¿recuerdas?

Ella también se levantó, un segundo más tarde.

—Entonces la próxima vez invito yo. Dicen que el soborno funciona en ambos sentidos.

—Y yo acepté bajo falsas promesas —añadió con media sonrisa.

Salimos al aire suave de la noche. La calle zumbaba un poco más ahora, pero sin agobiar. Lo justo para recordarnos que seguíamos en el mundo real.

Caminamos unas calles más, despacio. Dejé que ella eligiera la dirección. Se movía como alguien que no tiene ningún sitio al que llegar, y la envidié por ello. O quizá envidié lo fácil que le resultaba hacerme olvidar a mí dónde se suponía que debía estar.

La estación de metro apareció demasiado pronto. Ese cartel apagado, familiar, brillando bajo una farola. Se detuvo frente a la entrada, metiendo las manos en los bolsillos del abrigo y girándose hacia mí.

—Gracias por hoy —dijo, sin llegar a mirarme del todo—. Y por no hablar de tu ascendente.

Sonreí.

—Gracias por no preguntarlo.

Se rió una vez. Un sonido pequeño y suave que se me quedó atrapado en el pecho.

Y entonces llegó ese momento. El justo antes de la despedida. Esa pausa incómoda y sin guion en la que la gente decide si se abraza, si saluda con la mano, o si dice algo medio significativo. El momento que, en las películas, siempre termina con un beso o al menos con un roce de dedos.

No nos besamos. Pero tampoco nos apresuramos.

Ella me miró, con los ojos arrugados en las comisuras como si intentara memorizarme.

—Definitivamente no ha parecido una primera cita —dije.

Me miró de reojo.

—¿Y eso es malo?

—No —respondí—. Es lo mejor.

Entonces sonrió. De esa manera que la gente intenta describir en poemas, pero nunca termina de acertar. Y luego se giró, bajó las escaleras y desapareció en la estación como quien deja la última página de un capítulo sin cerrar, a propósito.

Me quedé allí un rato. Las manos en los bolsillos de la chaqueta. El aliento visible en el aire frío.

Y pensé, no por primera vez ese día: ojalá no tuviera que esconderme. Ojalá ser Kate bastara.

Y por primera vez en mucho tiempo… casi lo era.

3



Eliza

No era una cita de verdad. Me lo repetí tres veces mientras me cepillaba el pelo y dos más mientras cambiaba de calcetines como si eso fuera a hacerme más apropiada para la playa. Ella no lo había llamado cita. Yo tampoco. Y, sin embargo… había pizza de por medio. Y un atardecer implícito. Eso tenía que contar como algo, ¿no?

Cuando me llegó su mensaje —*"¿Te apetece compartir una pizza junto a la playa o eso es demasiado tópico?"*— me quedé mirándolo un minuto entero antes de contestar.

"Solo si la pizza lleva piña y el atardecer viene incluido."

Me respondió con un emoji de piña. Y otro de sol. Y ya.

Media hora después, estábamos sentadas sobre una manta vieja que olía a suavizante y a aventura, con una caja de pizza entre nosotras y los zapatos tirados en un montón desordenado, como si tuviéramos diez años y estuviéramos intentando esquivar la hora de dormir.

La arena aún estaba caliente. Ese tipo de calor que no se anuncia, solo insiste en que todavía forma parte del día. Kate se había remangado y tenía los tobillos enterrados en la arena, como si lo hiciera por instinto. Se la veía relajada, divertida, peligrosamente guapa para la tranquilidad de mi mente. No guapa de película—no, peor. De ese tipo de belleza que te ataca a mitad de una risa y te hace olvidar lo que estabas diciendo.

Una gaviota se acercó dando pasos torpes, con los ojos puestos en las cortezas. Kate se sobresaltó y luego se rió de sí misma.

—Debería estar acostumbrada a las aves a estas alturas —dijo, espantando el aire con un gesto que no intimidaría ni a una mota de polvo.

—Tienes toda la vibra de alguien que fue perseguida por un ganso alguna vez —respondí, dándole otro mordisco a mi porción.

—Lo fui. Cuarto de primaria. Excursión del cole. Me robó el bocadillo y la dignidad.

Solté una carcajada. De las de verdad.

Ella sonrió, quitándose arena de la rodilla.

—¿Así que… piña? ¿En serio?

—Está infravalorada —dije—. Como los gatos viejos. O los calcetines con dibujos raros. La gente los descarta demasiado rápido.

—Sabes que eso para algunas personas es una bandera roja, ¿no?

—Y, sin embargo, aquí estás. Comiéndola sin quejarte.

Puso cara de resignación y se metió un trozo en la boca.

—Lo admito, el contraste funciona. Has hecho que cuestione mis creencias. Espero que estés orgullosa.

—Solo si compartes la última porción.

—¿Chantaje emocional?

—Del bueno.

Me lanzó una mirada de *te tengo calada* y acercó la caja.

La conversación flotó, sin rumbo. Hablamos de colores que no deberían existir y de sueños que no tenían sentido. De lo mucho que odiábamos las cuentas regresivas de Nochevieja y lo ruidosas que eran la mayoría de las fiestas. Ella escuchaba como casi nadie escucha. Como si no intentara arreglar, ni juzgar, ni llenar el silencio. Solo… estar ahí conmigo.

Había algo en ella que lo hacía todo fácil. Tan presente. Y, sin embargo, también notaba en ella algo contenido. Como si estuviera protegiendo una parte de sí misma detrás de un cristal. Me di cuenta. Pero no lo dije. No todavía.

No hablamos de trabajo. Ni de ex. Ni de lo que buscábamos. Era como si ambas estuviéramos bordeando con cuidado la idea de que esto no era solo una cena compartida: era algo más suave, más peligroso. Como acariciar a un animal salvaje sin espantarlo.

Kate tenía una manera de inclinar la cabeza cuando yo hablaba, como si escuchara con más que los oídos. Como si me estuviera dibujando por dentro,

trazo a trazo, aunque la que dibujaba era yo. Me pregunté si lo haría con todo el mundo. Esperé que no.

Me contó cuál había sido su trabajo más raro—ayudante de producción en un espectáculo de teatro de verano en una feria renacentista, donde tenía que ocuparse de los atrezzos y de los caballos. Me reí tanto que casi se me sale la piña por la nariz.

—Espera, espera —dije, secándome las lágrimas—. ¿Me estás diciendo que una vez tuviste que perseguir un laúd fugitivo en plena función?

—Y fui embestida por un hombre disfrazado de Enrique VIII en el proceso. No fue… mi momento más digno.

—Yo qué sé —respondí entre risas—. A mí me suena a obra maestra.

Se dejó caer hacia atrás, apoyada en los codos, sonriendo hacia el cielo.

—Todavía no puedo mirar un muslo de pavo sin estremecerme.

Nos quedamos calladas un rato, sin incomodidad, solo llenas. El sol había empezado su descenso lento hacia ese dorado miel que los filtros de Instagram intentan imitar y nunca consiguen. Las nubes se estiraban largas y perezosas por el cielo. Su rostro captaba la luz como si perteneciera a ella—su perfil suave, sus ojos tranquilos. Quise dibujarla, y ese pensamiento me asustó un poco. Normalmente no me apetece dibujar personas.

—¿Estás bien? —preguntó de pronto.

Parpadeé.

—Sí. Solo… pensaba.

—¿En qué?

—En por qué demonios no hacemos esto más a menudo. Sentarnos. Comer. Ver cómo el cielo se pone en plan espectáculo gratuito.

Asintió despacio.

—La gente olvida las cosas simples. O les da vergüenza. Como si frenar fuera perder el tiempo.

—¿Y tú?

Se encogió de hombros.

—Creo que he pasado mucho tiempo fingiendo que no lo necesito. Pero sí. Esto. Silencio. Arena. Delitos relacionados con la piña.

Sonreí.

—Eres un poco rara.

Se giró hacia mí, sin molestarse.

—¿Te acabas de dar cuenta?

—No, lo pillé bastante pronto. Pero es del tipo de rareza buena. Como alguien que ordena su estantería por nivel de daño emocional en vez de por autor.

Se rió con ese sonido grave, bajito, sin defensas, que me recorrió la espalda como un cosquilleo delicioso.

La pizza estaba casi acabada. Nuestros dedos se rozaron cuando ella fue a coger el último trozo, pero ninguna se apartó. Solo un segundo de contacto. Una chispa que no pedía protagonismo, pero que dejaba huella igual.

—Creo —dijo en voz baja— que esta es mi cita favorita que casi no es una cita.

—¿Casi?

—No la hemos llamado cita todavía.

—Bueno —respondí—. Estamos descalzas, compartiendo hidratos, y me has hecho reír hasta que me ha dolido el estómago. Si esto no es una cita, no quiero saber cómo es una de verdad.

Esta vez, su sonrisa no se desvaneció. Se quedó ahí. Como una promesa.

Fue uno de esos atardeceres que parecen esforzarse demasiado por ser poéticos. De esos que te hacen pensar que alguien ahí arriba está subrayando el dramatismo a propósito: púrpuras que se desangran en naranjas, vetas doradas, nubes con forma de metáforas.

Kate estaba sentada a mi lado, con las piernas cruzadas, masticando una corteza como si escondiera verdades filosóficas. El viento le desordenaba el pelo lo justo para parecer peinado a propósito, lo cual me pareció sinceramente una falta de respeto.

—Vale —dijo, señalando el cielo—. Si tuvieras que ponerle nombre a ese color de ahí… —hizo un gesto hacia una franja violeta polvorienta— ¿cómo lo llamarías?

Incliné la cabeza.

—Malva que se olvidó de estar triste.

Parpadeó. Luego rió.

—Extrañamente preciso.

—Licencia artística. Viene con el oficio.

Nos recostamos a la vez sobre los codos. Cerca. Sin tocarnos. Pero lo bastante cerca como para escuchar cómo cambiaba su respiración cuando el viento nos soplaba arena a la cara y entrecerrábamos los ojos al unísono como idiotas sincronizadas.

—Creo que nadie habla lo suficiente de lo molesta que es la arena —dijo.

—¿Te refieres a que se mete en los oídos, en los zapatos y en el tejido del alma?

—Exacto.

Hubo una pausa. Cómoda. De esas que no quieres romper a menos que estés completamente segura de que lo que vas a decir no lo va a estropear.

Aun así, me arriesgué.

—¿Alguna vez sientes que te esfuerzas demasiado por parecer que no te estás esforzando?

Giró la cabeza hacia mí despacio.

—Esa es una pregunta muy específica.

—Lo sé.

—No creo que intente parecer despreocupada —dijo al cabo de un momento—. Pero sí intento no parecer perdida.

Eso quedó entre nosotras, pesado pero suave.

No insistí.

En lugar de eso, hundí los dedos en la arena y la dejé escurrirse poco a poco, como un reloj de arena que no tengo prisa por voltear. Ella hizo lo mismo. Un reflejo sin querer.

—¿Quieres saber algo tonto? —dije.

—Siempre.

—Pensé que ibas a cancelar.

Frunció el ceño, sorprendida.

—¿Por qué?

—No sé. Me parecías del tipo que se aburre fácil. O que decide que con una cita ya ha reunido suficientes datos.

—Pues estuve a punto de cancelar —dijo, sacudiéndose la arena de las manos sobre los vaqueros.

Levanté una ceja.

—Pero no por lo que crees —añadió—. Estaba nerviosa.

—¿Por mí?

Sonrió. Pequeño. Torcido.

—Por lo poco nerviosa que me sentía contigo.

Eso me dio justo en un rincón del pecho que hacía tiempo que nadie tocaba.

No supe qué decir. Así que no dije nada.

Solo nos quedamos ahí, mientras el cielo seguía con su función, y las olas susurraban cosas que ninguna de las dos estaba lista para escuchar en voz alta.

Y por un momento, el mundo pareció más blando.

Como si supiera que esta noche necesitábamos un poco de compasión.

Pensé que en cualquier momento se movería. Que se apartaría. Que rompería el hechizo. Pero no lo hizo. Se quedó ahí, observando el cielo como si le debiera algo. Su rodilla estaba a un suspiro de la mía, y aunque no nos tocábamos, podía sentir su presencia como electricidad estática justo antes de una tormenta.

Podría haberla besado. No que fuera a hacerlo. Ni que debiera. Pero podría. Y eso fue lo que se me quedó: el *podría*.

En vez de eso, jugueteé con el borde de la manta. Tenía una esquina deshilachada y un logotipo desvaído en una esquina. De algún grupo que no reconocía. Me pilló mirándolo.

—Era de mi compañera de piso de la uni —dijo—. Se fue a vivir en un barco por Croacia. Nunca volvió a por ella.

—¿Y la conservaste?

—Es buena para la arena.

—¿Tienes muchas cosas que pertenecen a otras personas?

Parpadeó ante la pregunta. No se molestó. Solo pareció sorprendida.

—Sí —admitió, tras pensarlo un segundo—. Supongo que sí.

No pregunté más. No hacía falta. Su voz se había vuelto ese tipo de suave que se adopta cuando uno intenta no reconocer cuánta soledad lleva encima.

Le ofrecí el último trozo de corteza, aunque en realidad lo quería yo. Ella lo partió en dos y me dio la parte más grande sin decir nada.

Y eso, de algún modo, se sintió más íntimo que un beso.

Una pareja pasó caminando por la orilla, los dedos entrelazados como si lo hubieran ensayado. Ella era alta y estaba roja por el sol; él llevaba una cámara

colgada al cuello y una botella de vino en una bolsa de papel. Se reían de algo que no pudimos oír. Aparté la mirada.

Kate no.

—¿Crees que eso es lo que la gente imagina cuando piensa en la felicidad? —preguntó, señalándolos con la barbilla.

—Probablemente —dije—. Vino, pies descalzos y un atardecer.

—¿Y tú? ¿Cómo crees que se ve?

Me lo pensé.

—Dos personas riéndose por una tontería —dije—. Y sin darse cuenta de cuándo ha cambiado la luz.

Sonrió con eso.

Y entonces dijo, tan bajito que casi no lo escuché:

—Creo que he perdido la práctica.

—¿De ver puestas de sol?

—De… la gente.

Me golpeó en un sitio que no tenía nombre.

Quise decirle *a mí también*. Quise decir *yo tampoco sé lo que estoy haciendo*. Pero lo único que dije fue:

—Lo estás haciendo bien.

No me dio las gracias. No discutió. Solo me miró con una expresión tan abierta que dolía sostenerle la mirada.

Cuando el viento empezó a levantar la manta, nos pusimos de pie. Nos sacudimos la arena. Nos recolocamos las mangas. Pero yo ya me sentía distinta. Como si algo en el aire hubiera cambiado. Como si una decisión se hubiera tomado sin que dijéramos una palabra.

Caminamos hasta el coche en silencio. De ese que no aprieta, solo espera. Como si supiera que las palabras vendrán después, cuando estemos listas.

O quizá no.

Pero fuera como fuera, algo había comenzado. Y yo no estaba preparada para soltarlo.

El aparcamiento parecía como todos los aparcamientos después del atardecer: demasiado iluminado en algunas partes, demasiado oscuro en otras, con ese zumbido tenue de las farolas como si la electricidad intentara recordar cómo ser útil.

Caminábamos despacio. No arrastrando los pies, pero tampoco con ganas de llegar. Ese ritmo que se toma cuando el paseo es mejor que el destino.

Kate hacía girar las llaves entre los dedos. Podía notar que no quería abrir el coche todavía. O quizá no quería ser la primera en admitir que la noche tenía un final.

La miré de reojo, recortada contra la luz suave del cartel de una farmacia cercana. Tenía una mancha—¿salsa de tomate, tal vez?—en la comisura de los labios. Dudé si decírselo. Al final no lo hice. La hacía parecer más real. Menos perfecta.

—Me lo he pasado bien —dijo, sin mirarme.

—Menos mal. Habría sido incómodo si lo hubieras odiado.

—No suelo pasar horas descalza en la playa con gente que me cae mal.

—¿Ni siquiera con imitadores de Enrique VIII?

Rió, echando la cabeza hacia atrás lo justo para dejar al descubierto la curva del cuello. Aparté la vista antes de imaginar cosas que aún no debía imaginar.

Llegamos al coche y se detuvo, la mano suspendida sobre la manilla.

—No quiero despedirme en un aparcamiento —dijo.

—Pues no lo hagas —contesté, sorprendida por lo fácil que me salió—. Digamos que… nos vemos pronto. A poder ser en un sitio sin arena en los calcetines.

Sonrió. De ese modo silencioso que dice *no sabes lo que acabas de provocarme*.

—Me encantaría —dijo.

Nos quedamos ahí un segundo más, esa pausa que no tiene que ver con el tiempo, sino con la valentía. Con si alguna de las dos se inclinaría. Con si alguna de las dos se atrevería.

Ninguna lo hizo.

Pero noté cómo sus dedos rozaron los míos cuando me pasó la última servilleta de su bolso. Noté cómo me sostuvo la mirada un segundo más de lo necesario. Lo noté todo.

Abrió la puerta del coche.

—Conduce con cuidado —dije, absurdamente doméstica.

—Tú también —respondió, y luego puso los ojos en blanco—. Espera, no. Vas andando.

—Aun así. Miraré a ambos lados. Como una adulta responsable.

Subió al coche. Bajó la ventanilla.

—¿Eliza?

—¿Sí?

—Espero que la próxima vez que quedemos, sea una cita de verdad.

Mi corazón hizo algo… poco decoroso.

—Entonces quizá la próxima vez lleve calcetines que combinen.

Sonrió.

—Temeraria.

Y luego se fue. Despacio. Como si no quisiera irse tan rápido que pareciera definitivo.

Me quedé allí hasta que las luces traseras desaparecieron.

Después caminé a casa descalza, con restos de pizza en el bolso y una sonrisa que no me podía quitar.

No había sido una cita. Pero podría haberlo sido. Y quizá, por ahora, eso bastaba.

Cuando llegué, el apartamento se sentía distinto. No más grande ni más pequeño—solo más callado. Como si hubiera estado conteniendo el aliento todo el tiempo que estuve fuera y por fin pudiera soltarlo. Me quité los zapatos en la entrada, aunque ya estaban llenos de arena, y dejé las llaves en el cuenco de cerámica que suena como una campanita cuando el metal choca con la porcelana.

Me quedé de pie un momento.

Aún llevaba el calor de su risa encima. Aún tenía sal en los labios por la brisa del mar y demasiado queso. Aún me preguntaba cómo alguien puede sentarse con las piernas cruzadas sobre una manta y hablar de chimeneas embrujadas y ferias renacentistas, y dejarme sintiendo que me habían devuelto una página de mi historia que no sabía que me faltaba.

Me quité la sudadera, encontré una goma en el fondo del bolso, y me recogí el pelo de cualquier forma. No tenía sueño. Estaba… descolocada. Pero no de la forma mala. De la forma *alguien-me-movió-el-corazón-un-poquito-hacia-la-izquierda*.

Me serví un vaso de agua y me senté en el suelo de la cocina con las piernas cruzadas, como hago a veces cuando el sofá me parece demasiado serio y las sillas demasiado formales. La caja de pizza seguía en mi bolso. Quedaba una corteza, medio envuelta en una servilleta, como la última sobreviviente de una guerra alegre. No me la comí. Tampoco la tiré.

Algo raro estaba pasando dentro de mí. No pánico. Tampoco era enamoramiento, exactamente. Pero algo a medio camino. Algo como: *Oh, no. Quizá esta chica sea real de verdad.*

Kate.

No llamativa, no ruidosa. Tampoco perfecta. Solo… extrañamente sincera. Incluso cuando no hablaba mucho, no daba la sensación de estar escondiéndose. O tal vez eso era lo que yo quería creer. Tal vez necesitaba a alguien que escuchara mis tonterías sin intentar corregirme. Que viera cómo miraba el cielo y no preguntara por qué.

Me acurruqué contra el armario, la cabeza apoyada en una puerta, y me quedé mirando el techo como si allí hubiera respuestas.

¿Me escribiría?

¿Debería escribirle yo?

No quería parecer demasiado entusiasta. Pero tampoco quería esperar una semana para un mensaje que llegaría demasiado tarde y demasiado calculado. Quería decir *me ha encantado esta noche*, pero me sonaba barato. Quería decir *tus ojos captan la luz de una forma que me hace olvidar que el mundo se está incendiando,* pero eso era demasiado para alguien a quien técnicamente acababa de conocer.

Así que escribí:

Me has dejado media corteza. Me siento emocionalmente abandonada.

Y antes de pensarlo dos veces, le di a enviar.

Su respuesta llegó sesenta segundos después:

Te ganaste esa corteza. Es una medalla de honor. No la pierdas.

Sonreí. Luego apagué la luz. Y sonreí otra vez.

Hay noches que se te quedan grabadas no por lo que pasó, sino por lo que podría haber pasado.

Y esta noche fue una de esas. De esas que solo sabes que fueron un principio… cuando ya estás metida de lleno en medio de la historia.

4



Kate

Era nuestra cuarta cita—si es que me atrevía a llamarla así. La palabra seguía sintiéndose frágil en mi boca, demasiado atrevida, con bordes afilados. Una "cita" implicaba intención. Implicaba riesgo. Y no estaba segura de ser lo bastante valiente como para sostener algo que pudiera romperse tan fácilmente.

Pero había llevado tarta. Eso tenía que contar.

La caja de la pastelería pesaba más de lo que debería. Bizcocho de limón con un remolino absurdo de merengue por encima. Lo había mencionado una vez—de pasada, entre una digresión sobre dragones y plazos de entrega—y lo guardé como si importara. Porque importaba.

Me detuve frente a su puerta y solté el aire.

De ese tipo de aire que se toma antes de subir a un escenario.

Abrió antes de que pudiera llamar. El pelo recogido en un moño suelto, el antebrazo manchado de acuarela en tonos aguamarina y coral. Las mejillas sonrojadas, la sonrisa torcida. Desarmaba más de lo que tenía derecho.

—Mira quién se ha dignado —dijo—. Perdona, estaba discutiendo con el GPS. Tenemos una relación tóxica.

Le tendí la caja como una ofrenda de paz.

—He traído refuerzos. No sé si el bizcocho de limón marida bien con dragones, pero pensé que el té podría hacer de intermediario.

Se le iluminaron los ojos.

—¿Bizcocho de limón?

Asentí.

—Te acordaste —dijo, sorprendida. Como si recordar fuera un tipo raro de magia.

—Tú no te reíste cuando te confesé que separo los ositos de gominola por colores. Me pareció lo mínimo que podía hacer.

Se hizo a un lado, descalza, con los bajos del pantalón remangados—quizá para esquivar pintura húmeda, o quizá por costumbre.

—Pasa. Los dragones están dormidos, creo.

Su casa olía a madera, a cítricos y a algo levemente dulce—quizá vainilla, o nostalgia. Había libros por el suelo, una manta desparramada sobre el sofá como si se hubiese desplomado de puro sueño, y jazz crepitando suavemente en un altavoz viejo. Era acogedor de una forma que mucha gente intenta fingir en Instagram. Pero Eliza no fingía. Lo vivía.

Me pasó una taza sin preguntar.

—Infusión de frutos rojos. La cafeína me hace contar demasiado.

Me senté junto a ella en el sofá, con un cojín entre medias. Sin tocarnos. No demasiado cerca. Lo justo para que mi cerebro entrara en cortocircuito cada pocos segundos.

Mis manos estaban ridículas—tensas, inquietas. Sujetaba la taza, la dejaba, la volvía a coger. Hacía tiempo que no me sentía como una adolescente con sudadera intentando decidir dónde poner los codos.

Ella empezó a hablar. Cosas sencillas. Cómo dobla las camisetas. Por qué se niega a lavar cucharas. La vez que intentó mantener una conversación completa con un árbol de pequeña. Le conté que yo aún hablo con uno. Solo uno. No se rió—solo asintió, como si lo entendiera.

Y puede que sí lo entendiera.

Eso era lo más aterrador.

La miré.

Ella me devolvió la mirada.

Y durante un segundo demasiado largo, ninguna de las dos parpadeó.

Hay un punto en que el silencio deja de ser casual. No es incómodo. No es pesado. Solo… cargado. Como dos cables que se acercan, a punto de chispear si alguien respira demasiado fuerte.

Seguía hablando cuando extendí la mano.

No había sido mi intención. De verdad. Mis dedos se movieron solos, rozando el dorso de su mano, apenas tocándola. Esperaba que se apartara—o al

menos que se sobresaltara. No lo hizo. Su mano se quedó perfectamente quieta. Su respiración se alteró—muy levemente.

—No sé qué es esto —dijo, en voz baja, con los ojos fijos en nuestras manos.

—Yo tampoco —susurré.

Pero solo era una verdad a medias.

Sabía perfectamente qué era esto.

Lo que no sabía era cuánto tiempo sería capaz de mantenerlo vivo sin mostrarle lo que había costado construirlo.

Intenté quedarme en el momento. De verdad lo intenté. Dejé que sus palabras me envolvieran como el calor de una chimenea que no merezco. Hablamos de esas cosas pequeñas y raras—cómo nunca deja tazas sucias en el fregadero, cómo yo tengo la necesidad de alinear todos los cuadros torcidos en casa ajena. Era ese tipo de conversación que crea intimidad sin proponérselo. Capas silenciosas de confianza, cosidas con risas y datos sueltos.

Pero yo ya no estaba del todo allí.

Contaba latidos. Escuchaba el tic-tac dentro del pecho que decía ahora, Kate, ahora, antes de que empeore—antes de que sea demasiado tarde para contarle.

Ella apoyó la cabeza contra el respaldo del sofá, mirando al techo.

—¿Alguna vez sientes que estás sujeta con cinta adhesiva? O sea, con buena cinta, sí, pero aun así… cinta.

—Todo el tiempo —dije—. Aunque a veces siento que soy yo la cinta.

Me miró. Confusa, pero sin juzgar. Solo curiosa. Solo abierta. Y esa apertura hizo que algo dentro de mí se doblara.

Aparté la mano.

—Eliza —empecé. Y me detuve.

Ella se incorporó un poco.

—Vale… Eso ha sonado ominoso.

—No lo es —dije rápido—. O sea, quizá un poco. Pero no en plan estás en peligro.

Su expresión no cambió, pero sentí que el aire se volvía más denso.

—Me estás asustando un poco —dijo con cuidado.

—No, no. No te asustes. Es solo que… —exhalé, aguda, temblorosa—. No he sido del todo sincera contigo.

Un segundo.

—Vale… —repitió, más lenta esta vez, entornando los ojos—. ¿Es este el momento en que me dices que estás casada y tienes dos hijos y simplemente se te olvidó mencionarlo?

Reí. Rápido. Sin fuerza.

—Ojalá fuera tan simple.

Se recostó. La calidez en su postura no desapareció—pero se detuvo.

—¿Entonces qué es?

—Solo… necesito un minuto.

Y me levanté.

No me siguió. No me detuvo. Solo me observó mientras cruzaba la habitación y entraba en el baño.

Allí, frente al espejo, me quedé quieta y me di cuenta de que no tenía ni idea de cómo quitarme esa versión de mí sin romper algo que ni siquiera había comenzado del todo.

La puerta se cerró suavemente detrás de mí, pero el eco sonó demasiado alto. Como si supiera lo que venía. Como si ya hubiera escuchado demasiadas confesiones al otro lado.

El espejo, pequeño, me captó en un ángulo inesperado, y durante un segundo, no me moví.

Ahí estaba ella—yo, pero no.

La peluca algo ladeada tras horas de viento y nervios. Las lentillas que apagaban mis ojos hasta un color que no era el mío. La prótesis de nariz—sutil, pero lo bastante efectiva como para cambiar la arquitectura de mi cara.

Era como mirar a alguien que solía ser yo. Alguien a quien no debía echar de menos.

Apreté el borde del lavabo, con los nudillos blancos.

Ya no era un disfraz. No era una broma, ni una emoción, ni una travesura lanzada sobre desconocidos.

Era una armadura que había llevado demasiado tiempo. Y ahora no sabía cómo quitármela sin sangrar.

Pero tenía que hacerlo.

Porque ella estaba en la otra habitación.

Porque era real.

Porque quería que me viera.

Toda yo.

Aunque me costara todo.

Me quité la peluca despacio, como si fuera una disculpa. La tensión en el cuero cabelludo desapareció con ella. Debajo, mi pelo real—rubio, sin peinar, demasiado sincero—cayó sobre mis hombros como algo que había escondido demasiado tiempo y al fin soltaba a la luz.

Las lentillas fueron lo siguiente. Salieron con un parpadeo y un escozor, dejando atrás mis ojos azules. Familiares. Aterradores.

Lo último fue la prótesis de nariz. La despegué y limpié el pegamento de la piel. No dolió, pero algo dentro de mí sí.

La persona del espejo se parecía a mí.

Y no estaba segura de si eso era bueno.

Me eché agua en la cara. Me froté hasta borrar los últimos restos del corrector, los trazos suaves que había usado para suavizar a Kate. Cuando volví a mirarme, Juliette Vaughn me devolvía la mirada. Cansada. Expuesta. Aún yo. Pero también… no suficiente.

Abrí la puerta.

Eliza estaba de pie ahora. No paseaba. No se alejaba. Solo quieta.

Nuestras miradas se encontraron.

Y el reconocimiento le cruzó la cara como una ola lenta, silenciosa, irreversible.

Parpadeó. Otra vez.

Su voz, cuando llegó, apenas fue un susurro.

—¿Dónde está Kate?

Y luego:

—¿Qué hace Juliette Vaughn en mi casa?

No contesté. No enseguida. No sabía cómo. No sabía qué versión de mí necesitaba. Ni cuál me estaba permitido seguir siendo.

—Eliza —dije en voz baja. Una súplica. Un hilo.

No se movió. No alzó la voz. Solo me miró como si ya no supiera quién tenía delante.

—Necesito que me lo expliques —dijo—. Ahora.

Asentí.

—Mi nombre real es Kate Vaughn —dije—. Juliette es solo el nombre artístico.

Nada en su rostro cambió. Ya lo sabía. Solo me estaba dando la oportunidad de contarle qué versión de la verdad iba a elegir.

—A veces uso Kate. Solo… cuando necesito desaparecer. Cuando quiero sentirme una persona y no un titular.

Cruzó los brazos. No como defensa. No aún. Solo… cerrada.

—¿Aquella noche? En el evento de citas rápidas… No lo planeé. No te esperaba. Solo quería una noche en la que nadie supiera quién era.

—¿Y después? —preguntó. Voz plana. Precisa. Una cuchilla.

—Y después te sentaste frente a mí —dije, con la voz quebrada—. Y se me olvidó a quién estaba fingiendo ser.

Apartó la mirada. Y eso me destrozó.

—No quería mentir —susurré—. Pero lo hice. Lo sé. Y lo siento.

Volvió a mirarme—con los ojos cansados ahora. A la defensiva.

—Me mentiste con cada palabra —dijo—. Incluso con las que parecían sinceras.

—Eso no fue fingido. Nada contigo fue fingido.

Pero la verdad quedó ahí, hueca, entre las dos.

Hay un silencio que llega cuando se rompe la confianza. No es ruidoso. Ni dramático. Solo… afilado. Como el aire después de que se rompe un cristal.

Ahí estábamos.

Eliza ya no me miraba.

Sus ojos se habían fijado en la alfombra, en un punto invisible entre dos hilos, como si su incredulidad hubiera encontrado ahí un lugar donde quedarse—pequeña, quieta, inamovible.

—Podrías habérmelo dicho —dijo al fin—. No la primera noche. Ni siquiera la segunda. Pero ¿después de tres? ¿De cuatro?

Asentí. No podía defenderme.

—Quise hacerlo —dije—. Estuve a punto. Muchas veces.

—Pero no lo hiciste.

—No.

Sus ojos volvieron a los míos. Y esta vez no estaban ni curiosos ni dulces. Estaban agotados. Como si acabara de borrar algo frágil que habíamos dibujado juntas a lápiz durante semanas, y ahora la página estuviera rota.

—Necesitaba creer que era real —continué, más para mí que para ella—. Que alguien pudiera quererme sin saberlo todo. Sin expectativas. Sin ruido. Solo a mí.

—A Kate, querrás decir —me corrigió—. Necesitabas que quisieran a Kate. No a Juliette.

Me encogí.

Porque tenía razón.

Porque no sabía cómo explicarle que, a veces, Kate era más yo que Juliette había sido jamás.

—No lo planeé —insistí—. No me senté ahí para engañarte. Es solo que… cuando empezamos a hablar, cuando nos reímos, cuando vi cómo mirabas el mundo, cómo me mirabas… No quería que se acabara.

Ella rió. Un sonido seco, amargo, que no le pertenecía.

—Así que mentiste. Decidiste que yo no era capaz de manejar la verdad. ¿Eso es, no?

—No. Tenía miedo de perderlo. De perderte.

Su rostro se suavizó, por un segundo. Luego volvió a endurecerse.

—Me estaba enamorando de alguien que no existía —dijo—. ¿Sabes lo humillante que es eso?

Di un paso hacia ella, con cuidado.

—Soy real. Te lo juro, Eliza. No me inventé lo que sentí. Cada palabra que compartimos, cada momento—nos reímos del té malo, de fantasmas en casas de playa, de gatos que se llaman Mildred. Eso fue real. Tú fuiste real.

Ella dio un paso atrás.

—Ya no sé qué fue real.

Y eso dolió más de lo que habría imaginado. Más que cualquier crítica, cualquier titular, cualquier entrevista donde me hubieran diseccionado como un abrigo de temporada.

—Entonces déjame demostrarlo —dije, por última vez—. Por favor. Déjame enseñarte quién soy. No en una pantalla. No maquillada. Solo… yo.

No dijo que no.

Pero tampoco dijo que sí.

En vez de eso, caminó hacia la puerta.

Y supe lo que significaba.

Incluso antes de que la abriera.

Incluso antes de que susurrara: “Necesito que te vayas.”

No discutí.

No supliqué.

No me arrodillé ni solté ningún discurso grandilocuente sobre la verdad, el amor o las segundas oportunidades. Solo me quedé allí, dentro de ese piso que había empezado a parecerme el lugar más seguro del mundo, y observé cómo su silueta se desdibujaba tras el marco de la puerta que sostenía abierta para mí.

Sus dedos se aferraban al pomo como si no se fiara de sí misma para soltarlo.

Di un paso. Luego otro.

Y crucé el umbral de vuelta al mundo del que venía.

Ese en el que todos sabían quién era y ninguno me conocía de verdad.

No cerró la puerta de golpe. No suspiró ni gritó ni dijo espera.

Solo la cerró suavemente.

Como si estuviera sosteniendo algo frágil.

Como si no quisiera despertar algo que acabábamos de matar sin querer.

Me quedé en el pasillo unos segundos más de lo necesario, con las manos vacías, la garganta cerrada. Y no fue hasta que llegué a las escaleras que me di cuenta de que seguía sujetando la caja con el bizcocho de limón.

Estaba intacto.

Y las cosas intactas son las más tristes.

5



Eliza

Estaba en mi salón como si no acabara de destrozarlo todo.

Ya no era la mujer torpe y encantadora de los jerséis enormes y la risa nerviosa. Ahora parecía más alta, más nítida, más definida—como si alguien hubiera subido demasiado el contraste de una imagen que antes adoraba. Rubia. Sin maquillaje. Ojos azules. Y aterradoramente familiar.

Juliette Vaughn.

Y estaba en mi casa.

—¿Dónde está Kate? —pregunté, aunque ya lo sabía. Aunque la pregunta no era una pregunta, era una grieta. Una grieta que se abría en todo lo que creía estar empezando a construir con ella.

—Sigo siendo yo —dijo—. Solo que… no como me conociste.

Me reí. O lo intenté. No sonó como una risa. Sonó como la incredulidad intentando abrirse paso a zarpazos por mi garganta.

—Esto es ridículo —dije—. No puedes ser… Tú no eres…

Pero lo era. Cada portada de revista. Cada tráiler de película. Cada adolescente embobada en el metro viendo *Ese verano en Praga*. La había visto mil veces antes.

Solo que no la reconocí cuando importaba de verdad.

O quizás… no quise reconocerla.

—Me mentiste —dije, más bajo ahora. No enfadada. Aún no. Solo en shock. Vacía—. Me dejaste enamorarme de alguien que no era real.

La palabra "enamorarme" se me escapó antes de poder detenerla. Y odié cómo le cambió la cara cuando la escuchó—se le suavizó, como si acabara de confesar algo que aún no estábamos listas para decir en voz alta.

Dio un paso hacia mí.

Yo retrocedí.

No insistió. No suplicó. Solo me miró como si tuviera miedo de parpadear.

—No quería hacerte daño —dijo—. Me apunté a aquel evento de citas porque estaba agotada. Solo quería una noche en la que no tuviera que ser nadie… que no fuera yo. Y entonces te sentaste frente a mí. Y se me olvidó seguir fingiendo.

Me llevé los dedos a la frente.

—¿Y qué soy yo, entonces? ¿Un accidente al que te encariñaste demasiado?

—No —dijo enseguida—. Eres lo más real que me ha pasado en años.

Debería haber significado algo. Puede que incluso lo hiciera.

Pero no bastaba.

—¿Real? —repetí—. ¿Tú crees que esto es real? Si ni siquiera sabía cómo te llamabas.

Se estremeció.

—¿Y lo peor? —añadí, con la voz más baja—. Que te creí. Me creí todo lo que me dijiste. Lo del té. Lo del retiro que nunca hiciste. Tu tipo de calcetines favorito.

—Todo eso era verdad —dijo—. Puede que los detalles fueran borrosos. Pero lo que sentía—eso sí era mío.

Ya no sabía qué dolía más: la lista de mentiras, o la posibilidad de que cada sonrisa hubiera sido sincera.

—Por favor —susurró—. Solo quería que alguien me viera.

La miré. La miré de verdad. Y vi a alguien a quien ya no reconocía.

—Necesito que te vayas.

No discutió.

No lloró.

Solo asintió. Como si hubiera estado esperando esa frase desde el principio.

Y se fue.

Y yo me quedé allí. Con el té frío, un bizcocho de limón intacto y un nombre que ya no sabía cómo dejar de querer.

La puerta se cerró con un clic. Como si no hubiera hecho nada malo.

Sin portazos. Sin salida dramática. Solo un sonido suave, casi educado. Como si intentara no despertar algo que estuviera dormido. Pero todo dentro

de mí ya estaba despierto. Alerta. En carne viva.

No me moví.

La taza de té seguía en mis manos, ya helada, como un atrezzo de otra escena. El bizcocho de limón seguía sobre la mesa, entre nosotras—o más bien, entre lo que habíamos sido y lo que de repente ya no éramos. Lo miré como si pudiera darme una señal. Un remate cómico. Un botón de rebobinar.

No me dio nada.

Esa era la cosa con la vida real.

No hay banda sonora.

Ni plano dramático.

Solo el silencio hueco que llena el espacio cuando alguien se va, dejando solo la forma de sí misma detrás.

Y su forma estaba en todas partes.

En el hueco del sofá donde se había sentado, riéndose de cómo doblaba la ropa. En el perfume que todavía flotaba en el aire—dulce, caro, completamente distinto al de "Kate". En la taza que aún no había usado, pero que había cogido para admirar el dibujo de una nube sonriente que pinté el año pasado.

Mi mano se cerró alrededor del té.

¿Se supone que tenía que sentir algo?

¿Ira?

Sí.

¿Estupor?

Por supuesto.

Pero lo que más me apretaba debajo de las costillas era algo más suave. Más estúpido.

Vergüenza.

Porque no lo vi.

Porque le abrí la puerta. Y el pecho. Y mi estúpido corazón palpitante a alguien disfrazado, y no detecté ni una sola costura.

Me levanté por fin. Las piernas rígidas de tanto tiempo sin moverme. Fui hasta el fregadero y tiré el té. Lo vi girar y desaparecer, como si nunca hubiera importado.

Luego cogí la caja del pastel.

Era ligera. Intacta. Bonita.

La odié.

La metí en la nevera como si escondiéndola pudiera pudrirse más deprisa.

Y aun así, el apartamento seguía oliendo a ella. A cítrico, a madera de cedro, y a algo demasiado pulido para este sitio. Se había adherido a los cojines, a los pliegues de la manta, al fantasma de un momento que casi se convirtió en algo.

Casi.

Me volví a sentar, los codos apoyados en las rodillas, la frente hundida en las palmas.

La había creído.

Eso era lo peor.

No solo sus palabras, también los silencios entre ellas. Las cosas pequeñas. El tono que usaba cuando me preguntaba por mis dibujos. Cómo escuchaba—de verdad escuchaba—cuando le hablaba de los monstruos de mis libros, y de cómo a veces me daban miedo a mí también.

Eso no era actuar.

¿O sí?

Ya no lo sabía.

Ya no sabía lo que había sentido, ni lo que ella había querido decir.

Solo sabía que el silencio que dejó era más ruidoso que cualquier cosa que hubiera escuchado en años.

Y no tenía ni idea de cómo llenarlo.

No lloré. No grité. No llamé a Maureen. No me puse a buscar fotos suyas en alfombras rojas para compararlas con la mujer que se había sentado en mi suelo, cruzada de piernas, mojando galletas en hummus y tarareando canciones de una lista que juró no le daba vergüenza.

Solo me quedé allí. Quieta. Como si yo y el sofá nos hubiéramos puesto de acuerdo en no movernos, a ver si así el tiempo se detenía y no seguía avanzando sin ella en la habitación.

Había algo cruel en lo callado que estaba todo. Como si la música se hubiera detenido en el momento en que cerró la puerta, aunque sabía que no había estado sonando.

Eso era lo peor. No la mentira. Ni siquiera el nombre.

El silencio.

Porque me había acostumbrado al ruido que hacía.

A cómo se reía desde el pecho pero trataba de tapárselo con la muñeca.

A cómo leía en voz alta las etiquetas en el supermercado como si cada ingrediente pudiera contarle algo importante.

A cómo respiraba cerca de mí. Como si importara.

Y ahora solo quedaba esta ausencia suya. Una forma. Un espacio. Un casi.

Casi algo.

Casi sincera.

Casi real.

Me levanté otra vez. Vagabundeé por el apartamento como si hubiera dejado partes de mí esparcidas por él y no supiera dónde. La manta aún olía al perfume que no sabía nombrar. Las tazas seguían en la mesa como si lo que nos hubiera interrumpido fuera algo mundano en lugar de monumental.

No podía dejar de pensar en cómo lo dijo.

—Me viste.

Como si eso hubiera sido el regalo. Como si me hubiera ofrecido algo sagrado.

Y puede que sí la viera. O puede que solo me mostrara las partes que estaba dispuesta a arriesgar. Las suaves. Las seguras. Las que podían pasar por alguien normal.

Pero ella no era normal.

Era Juliette Vaughn.

Y yo nunca tuve una oportunidad.

El reconocimiento dolía como un moratón que tarda demasiado en aparecer. Cada recuerdo que teníamos ahora llevaba otra cara. Sus dedos en el borde de la taza. Sus ojos cuando me miraba dibujar. Cómo se inclinaba hacia mí cuando hablaba de los niños que nunca leen las dedicatorias de mis cuentos.

Todo había parecido real.

Entonces, ¿cómo no iba a haberlo sido?

Quise gritarle por elegirme con una mentira. Por hacerme sentir elegida cuando tal vez solo fui… conveniente. Un momento de calma en medio del caos de ser famosa. Un escondite.

Pero también quería creerla. Que no fue solo eso.

No sabía con qué versión de la historia quedarme.

Así que hice lo único que supe hacer.

Cogí mi cuaderno de dibujo, el que no había tocado desde que empezamos a salir—si es que eso fue "salir"—y dejé que el lápiz se moviera.

No porque tuviera nada que decir.

Sino porque dibujar siempre había sido la única forma que tenía de entender cómo el mundo me mentía.

Lo curioso de dibujar es que la mano suele saber antes que la cabeza. Se salta la parte donde la lógica intenta limar los bordes cortantes. No espera permiso. Solo se mueve.

Y esa noche, mi mano se movió.

Aparecieron líneas—suaves al principio, luego más marcadas. Una curva que podría ser un hombro. Unos ojos demasiado grandes. Una boca insegura. Una silueta que no pretendía dibujar, pero reconocí en cuanto empezó a tomar forma.

No era ella exactamente.

Pero era la versión de ella que se sentaba en mi sofá y decía que su té favorito era el de frambuesa, aunque siempre pusiera cara de asco tras el primer sorbo.

Era Kate.

La que hacía preguntas sin fingir tener las respuestas.

La que recordaba el nombre de mi pez dorado de cuando tenía nueve años y no se inmutó cuando le conté que una vez ilustré una historia de amor entre dos pepinillos.

La dibujé otra vez. Y otra. Cada vez un poco distinta. Como si, al repetirla, pudiera acercarme lo suficiente a la verdad.

Pero la verdad no estaba en las líneas.

Estaba en los espacios entre ellas.

En la vacilación de su tacto. En el cuidado con el que preguntaba. En la armadura invisible que no supe ver hasta ahora.

No mintió por mentir.

Se escondía. Y eso, de alguna manera, lo hacía aún peor.

Porque esconderse significaba que nunca creyó que pudiera quererla si la conocía de verdad.

Y quizá tenía razón.

Quizá no podría.

Quizá la distancia entre “Kate” y “Juliette Vaughn” era demasiado grande para cruzarla con zapatillas Converse y postres compartidos.

Quizá la confianza no crece igual una vez que la cortas de raíz.

Dejé el lápiz y cerré el cuaderno con ese cuidado que se tiene con las cosas inacabadas. No arruinadas. Solo pausadas.

El móvil vibró una vez, boca abajo sobre la mesa. No miré.

No quería saber si era ella.

Todavía no.

En su lugar, me levanté, me hice una taza de té que no pensaba tomar y me asomé a la ventana. La ciudad seguía igual. Los coches parpadeaban en los semáforos. La gente paseaba a sus perros. Una pareja se besaba apoyada en una farola como si nadie los estuviera mirando.

La vida, grosera y obstinada, seguía.

Y yo, atrapada entre alguien que creí conocer y alguien que el mundo creía poseer.

En algún lugar intermedio estaba la versión de ella que me miraba como si no fuera solo otra desconocida de paso.

Pero eso era justo en lo que se había convertido.

En una desconocida.

Una que, de alguna forma, aún sabía cómo me gustaba el té.

Y lo había arruinado igual.

6



Kate

Esa misma noche le envié el primer mensaje.

Siento no habértelo contado antes. Entiendo si estás enfadada. Pero no mentí sobre lo que sentí. No fue un juego. Importas. Mucho.

Me quedé mirando la pantalla mucho tiempo después de pulsar enviar. Como si, con suficiente concentración, pudiera ver el momento exacto en que llegaba a sus manos. Imaginarla leyéndolo. Su cara—primero confusión, tal vez. Luego rabia. Y después… nada.

No respondió. Ni esa noche. Ni a la mañana siguiente. Ni siquiera después de mi tercer café, aún con la sudadera que me puse en cuanto salí de su casa.

Me repetía que estaba bien. Que el silencio era normal. Que un espacio no significaba un no.

Pero seguía mirando el móvil como si fuera un reflejo involuntario. Lo cogía. Lo dejaba. Lo volvía a coger, como si tal vez su respuesta se hubiese colado entre las notificaciones y me esperara detrás de la pantalla de bloqueo.

Seguía sin llegar nada.

Así que empecé a escribir otro mensaje. Más largo. Mejor. Más honesto. Quería explicarle por qué no se lo conté. Quería decirle que ser vista me parecía peligroso. Que ella me había visto igualmente. Que me asusté porque era real, y yo no soy buena con lo real.

Pero a mitad de camino lo borré.

Porque no sabía cómo resumir el miedo. Ni la cobardía. Ni ese tipo de dolor que viene de decepcionar a alguien a quien jamás tuviste intención de herir.

Así que tampoco envié ese.

El set me pareció más frío de lo habitual al día siguiente. O quizá era yo—escondida bajo un abrigo que no era de mi personaje, detrás de unas gafas de sol que no encajaban en la escena. Mis frases salían planas. Mi cara se negaba a colaborar. El director me lanzó una mirada preocupada y pidió una pausa que yo no había pedido.

En la caravana de maquillaje, Megan me lanzó esa mirada. La que reserva para los corazones rotos, las resacas y los líos que me busco intentando protegerme y acabo haciendo daño a alguien más.

—¿Se enteró? —preguntó.

Asentí.

—¿Y…?

—Me pidió que me fuera.

Megan se quedó en silencio, agitando una brocha.

—¿Y simplemente… te fuiste?

—No quería escucharme.

—No quería escucharte *en ese momento*. No significa que no quiera hacerlo nunca.

—Le escribí.

Se detuvo a medio trazo y me miró a través del espejo.

—¿Le escribiste?

—Más de una vez.

Megan cruzó los brazos.

—Kate, eso no es luchar por alguien. Eso es esconderse con Wi-Fi.

No discutí.

Porque tenía razón.

Y porque la voz de Eliza todavía resonaba al fondo de mi mente: *¿Dónde está Kate?*

En este momento, ni yo lo sabía.

Tres días. Eso duró el silencio entre nosotras.

No era un silencio total—había correos, guiones que revisar, reuniones a las que fingir que asistía. Megan tarareando mientras me recogía el pelo en otra versión de alguien que no era yo. Clics de cámara, pasos en el set, diálogos sin sentido. Pero el silencio de Eliza… eso era otra cosa. Ese se instalaba debajo

de mis costillas y no se iba. Ese convertía cada hora en una sala de espera sin cita, sin médico y sin respuesta.

Seguí intentando escribirle.

No solo mensajes—cartas. Páginas enteras. Párrafos. Grabé un audio que nunca mandé. Redacté un email y lo guardé en notas. Incluso me grabé en vídeo, solo para ver si sonaba tan rota como me sentía.

Spoiler: sí.

Lo borré todo.

He hecho giras de prensa enteras sonriendo historias que no eran mías. Me he puesto ropa que no elegí. He respondido preguntas como si estuvieran escritas en el guion de otra. Sé mentir con estilo, vender vulnerabilidad con una pausa perfecta y el temblor justo en el labio inferior. Podría haberlo hecho otra vez.

Pero Eliza lo sabría.

Siempre lo sabía.

Así que no mandé una disculpa bonita. Nada envuelto en lazos. Sin maquillaje.

Mandé algo crudo. Una respiración. Sin reescrituras.

No sé si podrás perdonarme. Pero yo no puedo perdonarme a mí misma. No por la mentira. Por el miedo. Ojalá pudiera volver atrás—no para esconderme mejor, sino para ser más valiente antes.

Dejé el móvil a un lado, lo presioné contra mi pecho como un amuleto, y traté de respirar alrededor del nudo que me dejó dentro.

Ella no respondió.

Ni esa hora. Ni esa noche. Ni a la mañana siguiente.

Así que paré.

No porque dejara de importarme. Sino porque el silencio no siempre es rechazo. A veces es recuperación. Y quizá eso era lo que ella necesitaba más que otra avalancha de palabras por mi parte.

Me dije a mí misma: una semana.

Una semana para trabajar. Una semana para funcionar. Una semana para recordar cómo dormir sin soñar con el momento exacto en el que dijo: *Me dejaste enamorarme de alguien que no era real.*

No gritó. Ni siquiera alzó la voz.

Eso fue lo que más me marcó.

No fue furia. Fue desgarro.

Y los corazones rotos no hacen eco.

Solo se quedan.

La cuarta noche, dejé el móvil en la cocina a propósito. Boca abajo sobre la encimera. Lo bastante lejos para no oír si vibraba. Lo bastante cerca como para seguir sintiendo que me pertenecía.

Me hice una taza de té que no llegué a beber. Caminé descalza por el apartamento, tocando los muebles como si pudieran confirmarme que todavía estaba aquí. Me quedé mirando las láminas de las paredes—esas que antes encontraba tranquilizadoras. Ninguna lo fue.

Incluso la ciudad parecía demasiado callada.

Me senté en el suelo de la cocina con la sudadera puesta, las rodillas recogidas contra el pecho, la cabeza apoyada en el armario. Pensé en llamar a Megan. Pero ya sabía lo que me diría: "Llámala".

No podía.

¿Y si su voz temblaba?

¿Y si la mía lo hacía?

Repetí en mi cabeza mi último mensaje una y otra vez. Ese que no había filtrado ni suavizado ni reescrito para protegerme.

No sé si podrás perdonarme. Pero yo no puedo perdonarme a mí misma.

Lo decía en serio. No de forma trágica ni cinematográfica. Solo… con honestidad. De esa que se queda pegada cuando sabes que podrías haberlo hecho mejor, y no lo hiciste.

Intenté imaginarla. Tal vez acurrucada en su sofá, cuaderno en mano, el té a medio terminar a su lado. Tal vez su móvil también boca abajo. O tal vez ya había borrado mi número.

Tal vez ni siquiera lloró—solo se dobló sobre sí misma, como hacen algunas personas cuando la ruptura no es un golpe, sino un desgaste lento.

Eso es lo que nadie te cuenta sobre ser vista: no se trata de que te miren. A mí me han mirado toda la vida—con focos, filtros, retoques. Pero Eliza… ella me vio.

Y eso lo empeoró todo.

Porque cuando alguien de verdad te ve, y luego te rechaza, no solo pierdes a esa persona—pierdes la versión de ti que se atrevió a presentarse.

Me encogí más en el suelo.

Intenté no pensar en cómo dijo mi nombre.

Kate.

No Juliette. No la actriz. Solo yo.

Y nadie lo había dicho así antes.

Como si importara.

La tetera pitó. No me moví.

Silencio otra vez.

Y entonces—justo cuando ya había dejado de esperar—mi móvil vibró.

Una sola vez.

No corrí hacia él.

Fui caminando. Lenta. Asustada. Esperanzada.

Y allí estaba.

Un mensaje.

De ella.

Podemos vernos. Pero no prometo nada.

Lo leí quince veces antes de volver a respirar.

No era un sí. Ni un no. Ni perdón ni cierre. Solo… una rendija. Una pequeña grieta por donde tal vez todavía quedaba algo.

No lloré. No pegué un grito. No me arrodillé. Solo me quedé sentada en el suelo de la cocina, con la frente apoyada en el brazo, riéndome en silencio—porque a veces lo único que necesitas es que alguien, tal vez, quiera volver a verte.

No contesté de inmediato. Quise enviar algo ligero. Una broma. Un guiño. Algo sobre tarta de limón o diplomacia entre dragones. Pero no quería espantarla. No quería quitarle importancia a lo que me estaba ofreciendo con algo demasiado ingenioso.

Así que solo escribí:

Cuando estés lista. Donde quieras. Yo estaré allí.

Sin presionar. Sin suplicar. Solo presencia.

Megan me encontró más tarde en el sofá, con la mirada perdida en nada, como aturdida de otro modo distinto.

“¿Te ha contestado?”, preguntó.

Asentí.

No preguntó qué había dicho. Solo me ofreció una taza de té y se sentó a mi lado, como siempre hacía—sin maquillaje, sin armadura.

“No sé si esto va a arreglar algo”, susurré.

“No se trata de arreglar”, respondió. “Se trata de estar.”

A la mañana siguiente, pasé por maquillaje y peluquería sin esconderme. Sonreí durante el ensayo—no porque tocara, sino porque quise.

Porque iba a verla.

No sabía cuándo. No sabía lo que esperaba de mí. No sabía si buscaba cierre, claridad, o simplemente confirmar que, debajo de todo, yo seguía siendo la misma.

Pero estaría allí.

Sin disfraz. Sin actuación.

Solo yo.

Kate.

No perfecta. No impecable.

Pero real.

Y quizá—solo quizá—eso bastara.

7



Eliza

No sé por qué lo hice. Quizá porque no podía dormir. Quizá porque había releído su último mensaje tantas veces que las palabras dejaron de sonar como suyas y empezaron a parecer mías. Quizá porque quería ver su cara cuando no se escondía tras la de otra.

Fuera cual fuera el motivo, le escribí.

Solo tres palabras: *Podemos vernos.*

Le añadí una cuarta, silenciosa, para mí: *Pero...*

Pero no confío en ti. Pero sigo enfadada. Pero aún no estoy lista para olvidar cómo se siente que te engañen, aunque no fuera a propósito. Aunque tu sonrisa pareciera sincera. Aunque tus manos fueran amables.

Quedamos en una cafetería a la que nunca voy. Demasiado expuesta, con ventanales en las esquinas, demasiadas parejas hablando como si nunca las hubieran herido. Pero la elegí precisamente por eso. Porque no quería comodidad. Quería espacio. Terreno neutral.

Llegué diez minutos antes, lo cual fue un error. Me había dicho a mí misma que no llegara la primera. También que no me mirara más de una vez en el reflejo del cristal. Hice ambas cosas de todas formas.

Y cuando se abrió la puerta, ahí estaba.

Sin peluca. Sin lentillas. Sin prótesis que difuminara la forma de su nariz. Solo ella. Kate. Juliette. Ambas, ahora. Una sola persona, con dos nombres y mil formas de dejarte sin aliento.

Parecía… más suave de lo que recordaba. Quizá porque no intentaba parecer nada. Llevaba vaqueros, un jersey azul marino sencillo, el pelo recogido detrás de las orejas como si no supiera que eso la hacía parecer más joven. Sonrió al verme. No mucho. Solo lo justo.

—Hola —dijo.

Yo no sonreí. Asentí una sola vez y señalé la silla frente a mí.

Se sentó sin pedir nada. Sin preguntar si llevaba mucho esperando. Solo… se sentó. Como si temiera que cualquier movimiento brusco pudiera romper el permiso frágil que le acababa de dar.

—Gracias por venir —dijo en voz baja.

Removí el té. No me lo estaba bebiendo. Solo necesitaba algo que hacer con las manos.

—No estoy aquí para que me convenzas —dije, al fin—. Solo quiero entender.

Ella asintió. Sus dedos se abrían y cerraban sobre la mesa, como si intentara sujetar y soltar algo invisible al mismo tiempo.

—No fue un juego —empezó—. Sé que lo parece. Pero cuando me apunté a aquel evento, no quería nada serio. No quería a nadie. Solo quería sentarme en algún sitio y hablar con desconocidos sin ser vista. Sin ser… ella. Y entonces tú te sentaste delante de mí y dijiste algo sobre sudaderas emocionales y monstruos en libros infantiles y yo…

—Podías haberme lo dicho —la interrumpí.

Sus ojos se encontraron con los míos, y por un instante no se parecían en nada a los de los carteles de cine. Solo estaban cansados. Solo eran reales.

—Lo sé —dijo—. Pero si lo hubiera hecho… te habrías ido.

No respondí de inmediato. Quizá porque no estaba equivocada. Quizá porque la versión de mí que salió de su casa aquella noche, con el corazón martilleando como una alarma, sí se habría ido si ella me hubiera dicho: *Por cierto, soy famosa.*

Pero aun así.

—Merecía poder elegir —dije, con la mirada aún fija en el té—. Me quitaste eso.

—Lo sé.

Su voz se quebró lo justo para que alzara la vista. Solo para volver a bajarla enseguida. Tenía los ojos desnudos. No rojos, ni brillantes. Solo sin defensas. Y eso hizo que algo se retorciera en mi pecho, porque odiaba verla sufrir. Aunque ella me hubiese hecho daño primero.

Afuera, la llovizna se había vuelto cortina. De esas que vuelven todo más silencioso y más expuesto a la vez. La gente corría bajo los paraguas. Dentro, el aire olía a canela y leche caliente. No pegaba nada con lo que estábamos sintiendo.

Rompí el silencio con algo que no tenía intención de decir en voz alta.

—¿Qué quieres de mí?

Ella levantó la cabeza. Se le notó el sobresalto, como si no se hubiese atrevido a esperar que yo hiciera esa pregunta.

—Lo que estés dispuesta a dar —dijo—. Aunque solo sea este café. Aunque no volvamos a hablar nunca después de hoy. Necesitaba decirte la verdad. Siendo yo. Sin… filtros.

—¿Y cuál habría sido esa verdad —pregunté en voz baja— si yo no hubiese descubierto nada?

Ella bajó la mirada, y luego volvió a alzarla.

—¿Eventualmente? Todo. Te lo juro. Solo que… me daba miedo que, en el momento en que supieras quién era, todo dejara de sentirse real.

—Y lo hizo —dije—. Se acabó en cuanto vi tu cara y me di cuenta de que nunca la había visto de verdad.

Asintió despacio, como aceptando algo que todavía dolía.

—No paraba de pensar que podía arreglarlo —admitió—. Pero las mentiras no se deshacen solas, en silencio. Esperan. Esperan hasta que todo está lo bastante tierno como para romperse.

Otro silencio. Más largo. Más denso.

Intentaba mantener la distancia, proteger lo poco que quedaba entero. Pero cada palabra que decía era como una mano extendida hacia mí—abierta, vacilante, temblorosa.

—¿Sabes en qué pienso todo el rato? —murmuré, sin saber por qué seguía hablando—. En que la persona que me gustaba no existía. Que a lo mejor solo la interpretaste.

—No —dijo de inmediato—. No la interpreté. Yo era ella. Esa versión… Kate… también soy yo. La yo que desearía poder ser más a menudo. La que se reía contigo. La que quería escucharte. La que recordaba tu postre favorito.

Se me encogió el estómago. Porque lo había recordado. Y yo me había reído. Y todo había parecido fácil. Pero fácil no significa inofensivo.

—¿Y ahora? —pregunté, sintiendo el filo de la pregunta antes incluso de decirla—. ¿Ahora que sé quién eres en realidad?

Ella exhaló, muy despacio.

—Ahora… solo quiero que sepas que todo lo que dije, todo lo que sentí, cada tontería que confesé con ese jersey enorme… era verdad. Aunque la forma de llegar hasta ti no lo fuera.

Presioné los labios. Y entonces dije:

—Quiero tarta de zanahoria.

Parpadeó.

—¿Qué?

La miré directamente a los ojos.

—Si vamos a tener una conversación tan difícil, voy a necesitar tarta de zanahoria.

Me miró como si acabara de hablar en código morse. Yo no parpadeé. No bromeaba. O no del todo.

—Tarta de zanahoria —repetí—. Con glaseado. Del que sabe a queso crema de verdad, no a tristeza.

Kate parpadeó una vez y luego soltó una risita. No de esas que llenan la habitación. Apenas le llegó a los labios. Pero fue real. Una pequeña ondulación en el silencio.

—Creo que tienen —dijo, girándose hacia la barra.

Parecía tan agradecida por la excusa de levantarse que casi me sentí mal. *Casi.*

La vi caminar, señalar la vitrina. El camarero asintió. Ella dijo algo que no escuché y sonrió con educación, los brazos cruzados como si no supiera qué hacer consigo misma cuando no estaba actuando.

Odiaba seguir notando cada cosa de ella. Cómo se recogía el pelo detrás de una oreja. Cómo tocaba el mostrador como si fuera a romperse. Cómo su espalda se curvaba ligeramente hacia dentro, como si la hubieran enseñado a encogerse justo en los espacios donde debería haber brillado.

Cuando volvió con un plato y dos tenedores, esperé a que se sentara antes de decir nada.

—No quiero que pienses que esto significa que estamos bien —dije, cogiendo el tenedor más pequeño—. Solo significa que necesito azúcar en

sangre antes de gritarte.

—Todavía no hay gritos —respondió ella con suavidad, mirando su tenedor como si fuera algo frágil—. Pero aceptar el azúcar es un avance.

El primer bocado era justo lo que necesitaba: húmedo, denso, con la cantidad justa de canela y un glaseado obsceno. Masticaba despacio, fingiendo que me daba tiempo para pensar, cuando en realidad no sabía a dónde apuntar la siguiente verdad.

—Entonces —dije por fin—. ¿Cómo es?

Frunció el ceño.

—¿Cómo es qué?

—Ser otra persona todo el tiempo. Ponerte una cara para que nadie vea la que hay debajo.

La expresión de Kate cambió—una mezcla entre incomodidad y reconocimiento.

—Es agotador —dijo—. Y adictivo. Porque cuando la gente se enamora de la versión que tú has construido, cuesta creer que alguien quiera al resto. Al caos. Al silencio. A los días en los que no te pareces al póster.

—Debe de ser muy solitario.

—Lo es —admitió—. Hasta que llegaste tú. Entonces… dejó de serlo.

No respondí. No porque no sintiera nada—sentía demasiado. Ese era el problema. Pero me daba miedo que, en cuanto soltara la rabia, el dolor se colara por la rendija.

Ella me miraba con atención. Sin presionar. Sin suplicar. Simplemente estaba ahí.

—No tienes que perdonarme —dijo en voz baja—. Ni siquiera tienes que entenderlo. Solo quería mostrarte quién soy ahora. Aunque sea demasiado tarde.

No le dije si lo era o no. Porque no lo sabía. Pero sí di otro bocado a la tarta.

Y no le ofrecí el glaseado. Lo cual, en mi idioma, significaba: No estamos bien. Pero también: Aún no me he ido.

Había algo cruel en lo tranquilo que parecía todo a nuestro alrededor. El café zumbaba con conversaciones suaves y el sonido del vaporizador de leche. La lluvia golpeaba los cristales con ritmo, como una nana. Incluso la mesa en la

que estábamos—pequeña, redonda, con cicatrices de codos y tazas derramadas —se sentía peligrosamente segura.

Era una trampa. El mundo fingía que esto era solo una conversación normal. Que éramos solo dos mujeres compartiendo postre una tarde lluviosa. Pero no lo era. Yo lo sabía. Y ella también.

El tenedor de Kate raspó suavemente el plato al empujarme el último trozo de tarta.

—Es para ti —dijo.

Negué con la cabeza.

—Estoy llena. De azúcar. Y de dudas.

Eso le arrancó una sonrisa. Pequeña. De esas que salen cuando alguien dice algo gracioso, pero el corazón todavía duele demasiado para reírse de verdad.

—¿Puedo preguntarte algo? —dije, sorprendiéndome a mí misma.

Ella asintió, despacio.

—¿Qué habría pasado si… si hubieras seguido interpretando ese papel para siempre?

Se estremeció como si le hubiera tocado un nervio, y por una vez, no me disculpé.

—No lo sé —respondió con honestidad—. Me repetía que te lo diría. Que encontraría el momento adecuado. Pero ese momento no existe. Y tenía miedo. Porque contigo todo se sentía… en calma.

—¿En calma? —repetí.

—En el buen sentido —añadió enseguida—. No aburrido. No plano. Solo… en paz. Como si pudiera existir sin tener que esforzarme tanto. ¿Sabes lo raro que es eso para mí?

Quise decirle que sí. Quise decirle que lo entendía, porque lo hacía. Pero también quise estrellar el plato de tarta contra la pared.

—La paz no se construye sobre mentiras —dije—. Ni siquiera sobre las que parecen inofensivas.

Bajó la mirada hacia la mesa. Por un segundo, pareció más joven. No en un sentido infantil, sino despojada. Como alguien que lleva demasiadas noches sin dormir. Como alguien que no sabe si el tejado aguantará mucho más.

Arranqué un trozo del borde de la servilleta con los dedos.

—Me gustabas —admití, más bajito—. Mucho. Me gustaba cómo te tomabas un segundo antes de responder. Me gustaba cómo dejabas espacio para el silencio. Me gustaba cómo me mirabas como si importara, incluso cuando divagaba sobre álbumes de pegatinas y paletas de colores.

—Importas —susurró.

La miré. Tenía los ojos vidriosos, pero no lloraba. Aún no.

—¿Entonces por qué no confiaste en mí para decirme la verdad?

—Porque no confiaba en mí misma para decirla sin perderte.

Ese era el problema. No era una mala respuesta. Era demasiado buena. Demasiado perfecta. Como sacada de un guion. Y lo peor de todo es que…

La creí.

Y odié hacerlo.

Porque creer a alguien después de que te haya mentido es como poner el pie sobre un lago helado y esperar el crujido.

La confianza, cuando se te escapa entre los dedos, no cae en silencio. Golpea todo a su paso: la duda, los recuerdos, la ternura. Y deja un desastre imposible de esconder bajo la alfombra.

Ella seguía mirando el plato, a las migas intactas, como si esperara que formaran una verdad mejor que la que había conseguido decirme.

—Quería decírtelo —repitió, más suave—. Cada vez que hablábamos. Pero tú reías. Y yo… no quería perder eso.

Tragué el nudo que llevaba subiendo por la garganta los últimos veinte minutos.

—Me reía con alguien que no existe —dije.

—No —contestó con rapidez—. No era así. Puede que cambiara mi pelo, mis ojos, incluso mi nombre. Pero la persona que conociste era yo. Una versión más callada, quizá. Más segura. Pero seguía siendo yo.

—Lo dices como si eso tuviera que hacerme sentir mejor.

—Lo digo porque es verdad.

Me escocían los ojos. No sabía si por la emoción o por la pésima iluminación de aquella esquina del café, pero estuve peligrosamente cerca de convertirme en una de esas mujeres que lloran en público. Odiaba ser esa mujer. Odiaba que ella pudiera haberme convertido en eso.

—Lo peor —dije— es que te creí. Todo. Te creí cuando dijiste que te gustaban mis dibujos tontos. Te creí cuando recordaste cómo tomo el té. Creí cada palabra que dijiste… porque no pensé que fueras capaz de mentirle así a alguien.

Abrió la boca como si fuera a decir algo, pero la cerró enseguida. Y menos mal. Porque lo que viniera después, no quería que me lo endulzaran. No quería más disculpas perfectas.

—No quería hacerte daño —susurró.

—Sé que no querías —respondí—. Pero eso no es lo importante.

Parpadeó, confundida.

—Lo importante —continué— es que lo hiciste. Y ahora no puedes esconderte detrás de tus intenciones. No puedes sentarte ahí, con cara de arrepentida y poética, y fingir que eso lo arregla todo. No puedes ser la víctima aquí.

Eso sí que la alcanzó. Lo noté. Los hombros se le tensaron, y por un instante, pensé que se levantaría y se marcharía. Pero no lo hizo. Solo asintió una vez. Breve. Casi imperceptible. De esas que dicen: Tienes razón.

Nos quedamos en silencio. Pero no era un silencio tranquilo. Era denso. Cargado. Como una habitación justo antes de que caiga el trueno.

La cafetería se había vuelto más ruidosa. Alguien se reía demasiado fuerte en otra mesa. Un teléfono sonó. Una cuchara chocó contra la porcelana. Y aun así, nosotras seguíamos congeladas en nuestro pequeño desastre.

Habló ella primero.

—No quiero que me perdones ahora —dijo—. No lo espero. Solo… quería enfrentarme a ti sin esconderme.

La miré de nuevo. Sin peluca. Sin máscaras. Sin nombres falsos. Y me di cuenta de algo extraño: que esta versión suya… era la que temía no llegar a conocer nunca.

Hubo un momento—solo uno—en el que estuve a punto de alargar la mano sobre la mesa. No para perdonarla. No para decir que todo estaba bien. Solo para tocar su mano. Para comprobar si seguía siendo la misma mano que había sostenido aquella noche en la que hablamos de libros para colorear y jerséis emocionales. Esa mano que escuchaba. Que no se apartaba cuando la mía se quedaba un poco más de la cuenta.

Pero no me moví. Porque no confiaba en lo que ese gesto podía significar. Ni para ella. Ni para mí.

En su lugar, dije:

—Sigues bebiendo el café demasiado rápido.

Kate levantó la vista, sorprendida. Su taza estaba casi vacía. La mía, aún medio llena, apenas tocada. Parpadeó, luego se encogió de hombros, con una sonrisa tímida.

—Costumbre —dijo—. Odio cuando se pone templado.

Asentí. No sonreí.

—A mí me gusta frío —respondí.

Inclinó la cabeza.

—Tiene sentido.

Nos quedamos así, un minuto más. Dos personas orbitando los restos emocionales del mismo naufragio, sin estar del todo listas para marcharse ni dispuestas a desenterrar los escombros. No había mapa para esto. Ningún manual que explicara qué hacer cuando alguien a quien casi amaste resulta ser otra persona… o quizá no.

Por fin, me levanté. Despacio. Con intención. La silla chirrió contra el suelo como una línea subrayada.

Ella no intentó detenerme. No suplicó. Ni siquiera preguntó: "¿Cuándo volveré a verte?" Tal vez, eso fue lo más sincero que hizo en todo el día.

Metí la mano en el bolso, saqué un billete arrugado y lo dejé sobre la mesa.

—Te he invitado yo —dijo.

No miré atrás.

—Tú me mentiste.

Silencio. Luego su voz—apenas un susurro.

—Me alegro de que hayas venido.

Me detuve en la puerta. La mano sobre el pomo. La lluvia seguía golpeando los cristales. La ciudad seguía fingiendo que todo iba bien.

Me giré ligeramente. Lo justo para atrapar sus ojos una última vez.

—No prometo nada —dije.

Su garganta se movió al tragar.

—Lo sé.

—Y no quiero otro gran gesto. Ni un discurso poético sobre el destino.

—No habrá discursos —respondió—. Ya no me quedan.

—Bien.

Abrí la puerta. El viento fue lo primero que sentí, suave pero fresco. Un recordatorio de que fuera, el mundo no se había detenido solo porque el mío se hubiese tambaleado.

Entonces añadí, casi como un pensamiento suelto:

—Si decido volver a verte, no será porque crea en las segundas oportunidades.

Ella no se inmutó.

—¿Entonces por qué?

La miré a los ojos por primera vez desde que me senté.

—Porque quiero saber quién eres cuando no tienes miedo.

Y me fui. Sin abrazo. Sin beso en la mejilla. Sin pausa. Pero tampoco huyendo.

Porque alejarse despacio también es alejarse. Y a veces, quedarse fuera requiere más valor que regresar. Pero hoy, me había quedado lo suficiente como para ver su verdad.

Y eso, en su forma silenciosa, ya era un comienzo.

8



Kate

No intentaba impresionarla. Al menos no con nada llamativo. Sin cenas en azoteas. Sin champán importado. Sin vistas de infarto de la ciudad. Solo un banco, un cruasán y yo—con un jersey que tenía desde la universidad y unas gafas de sol que no habían pertenecido a nadie famoso.

Tenía esta fantasía de que, si mantenía todo lo bastante simple, podría seguir siendo Kate. Solo Kate. La versión de mí que no venía acompañada de titulares ni asistentes personales.

Ella llegó puntual. Exactamente a la hora. Cárdigan de lana. Vaqueros anchos. Ese moño alto que parecía hecho a toda prisa en la parte trasera de un coche en marcha, pero que, inexplicablemente, seguía quedándole perfecto. Me vio y, lo juro, sonrió como quien aún no ha decidido si va a perdonar o no, pero quiere recordar cómo se siente intentarlo.

Ese fue el triunfo. Ese segundo en el que la vi eligiendo no marcharse.

—Hola —dije.

—Hola —respondió, como si no hubiéramos roto algo irreparable hace apenas unos días.

Caminamos por la acera, una al lado de la otra. La llevé al parque que hay cerca de mi apartamento—un rincón oculto de luz entre edificios de ladrillo y enredaderas desordenadas. Nos sentamos en el mismo banco que siempre uso cuando necesito desaparecer un rato.

—¿Este es tu sitio secreto? —preguntó, con el café apoyado en la rodilla.

—Algo así. No se lo digas a los paparazzi.

Eso la hizo reír. Suave, pero de verdad. La observé arrancar un trozo de su cruasán y llevárselo a la boca sin ceremonias. Tenía azúcar glas en el pulgar. Había algo sagrado en verla así, sin defensas.

Durante cinco segundos, me permití creer que esto podía funcionar. Que el ruido de lo que era no tenía por qué ahogar el silencio de lo que era con ella.

Pero entonces—clic. Y de nuevo. Clicclicclic.

El sonido me hundió el estómago antes incluso de girarme. Lo conocía demasiado bien. Un obturador. Un objetivo. Mil posibilidades invasivas.

Al otro lado de la calle, dos hombres estaban apoyados con aparente indiferencia en una farola, las cámaras medio ocultas tras gafas de sol y sonrisas falsas de turistas. Los objetivos eran largos. Profesionales. De esos que atraviesan capas y capas de negación.

Eliza se quedó paralizada. Lo vi antes de que dijera nada—cómo se le tensaron los hombros, cómo se le entreabrieron los labios, como si le hubieran arrebatado el aire.

—Vámonos —dije, ya de pie.

Parpadeó.

—¿Son…?

—Fotógrafos. Sí.

—¿Nos están haciendo fotos?

Quise mentir. Estuve a punto.

—No —dije en su lugar—. Están aquí por mí. Siempre lo están.

Le tendí la mano, y para ser justa, no la apartó. Aún no. Pero sus dedos estaban fríos. Y yo ya lo sabía—ese tipo de frío no se va ni con té ni con tiempo.

No corrimos. No exactamente. Pero caminamos lo bastante deprisa como para que quedara claro que algo había roto el hechizo.

Ella sostuvo mi mano como si fuera una formalidad, como si no estuviera segura de si aún le correspondía. La guié por una calle lateral estrecha, con el asfalto agrietado y la hiedra trepando sin control. Olía a lluvia de anoche y a malas decisiones. Muy apropiado, en realidad.

Los clics tras nosotras no se detuvieron de inmediato, pero no miré atrás. Aprendí ese truco hace tiempo: no les des el placer de ver tu cara cuando todo se viene abajo.

Nos colamos por la entrada lateral del edificio, de esas con un teclado que nadie cambia nunca y un pasillo que siempre huele un poco a disolvente.

Tecleé el código con los dedos temblorosos, abrí la puerta y le hice un gesto para que pasara.

Cuando la puerta se cerró tras nosotras, el silencio cayó como un muro. No era paz. Era ausencia. De esa que zumba en los oídos y te recuerda que has cruzado a otro tipo de tensión.

No dijo nada al principio. Se quedó ahí, quieta, en el pasillo estrecho, sosteniendo lo que quedaba de su cruasán como si fuera una pregunta que nadie había querido responder.

Me apoyé en la puerta. El corazón me latía a mil, no por la huida—que en realidad no había sido tal—sino por la expresión de su rostro. Como si alguien hubiera pisado algo sagrado.

—Lo siento —dije—. No pensé que nos encontrarían aquí.

Ella asintió despacio, pero no como quien acepta una disculpa. Más bien como quien la archiva. La guarda en un cajón que no piensa volver a abrir en mucho tiempo.

Sus ojos seguían muy abiertos, pero no por miedo. Era otra cosa. Más fría. Más silenciosa.

—¿Esto te pasa mucho? —preguntó, con esa calma que solo tienen las cosas peligrosas.

—No. Quiero decir… sí. No así, normalmente. Pero sí. Me siguen. A veces.

—¿Incluso cuando solo… vas a tomar un café?

—Especialmente entonces.

Exhaló por la nariz y miró al techo, como si esperara que allí estuvieran las respuestas.

—¿Por qué no me lo dijiste?

No lo dijo en voz alta, pero retumbó como un trueno.

—No quería asustarte —respondí.

No pareció convencida.

—Pues genial —murmuró—. Ha salido estupendamente.

Abrí la boca para decir algo más, para explicar, justificar o lo que sea que hacen las personas cuando ya han perdido el derecho a ser escuchadas… pero no lo hice. Solo la vi pasar junto a mí en dirección al ascensor, con la mirada fija al frente y los hombros tensos.

Todavía no había soltado el cruasán. Y yo aún no había descubierto cómo soltarla a ella.

No le dije "ponte cómoda" cuando entramos al apartamento. Porque no lo sentía así. Porque no era un hogar. No de verdad. Era solo un sitio con techos altos y expectativas bajas. Un refugio con cojines decorativos. De esos pisos que la gente imagina que tienen las estrellas de cine—elegantes, pulidos, cuidados al detalle—pero siempre un poco demasiado limpios. Demasiado silenciosos. Demasiado temerosos de mostrar quién vive realmente allí.

Ella se quedó en el umbral, como si entrar fuera a activar una alarma oculta. Odié eso. Odié ser la razón por la que parecía querer marcharse antes incluso de sentarse.

—¿Quieres agua? —pregunté.

Negó con la cabeza.

—¿Té?

Nada.

Asentí y fui a la cocina de todos modos, encendí el hervidor. A veces el ruido ayuda. Agua hirviendo. Tazas tintineando. La coreografía de fingir que todo está bien.

Cuando volví con dos tazas—manzanilla, la menos ofensiva de todas las disculpas—ella estaba junto a la estantería, pasando los dedos por los lomos de los libros sin leerlos realmente.

—Este lugar no parece tuyo —dijo.

Le tendí la taza.

—Porque no lo es —admití—. Es un alquiler. Temporal. Como casi todo en mi vida.

Me miró entonces. De verdad. Por encima del borde de la taza. Frunció el ceño.

—¿Así ves a las personas también? ¿Como algo temporal?

Auch.

—No —dije—. Pero entiendo por qué lo preguntas.

No contestó, pero lo vi en su cara—esa combustión lenta de alguien que está procesando, decidiendo qué guardar y qué dejar atrás. Se sentó en el borde del sofá, con la taza entre las manos como si fuera de porcelana fina.

—Yo no me apunté a esto —dijo, sin reproche. Solo… cansancio.

—Lo sé.

—No me apunté al esconderme. Ni a los flashes. Ni al pánico en tu voz cuando escuchaste esa cámara.

—Lo sé —repetí.

Y lo peor era que lo decía en serio. Cada sílaba. Lo sabía. Pero saberlo no lo hacía mejor. Solo lo convertía en mío.

—Solo quería compartir algo real contigo —dije—. Algo que no pareciera sacado de un guion.

—Pues quizá deberías haber empezado por la verdad —respondió.

El silencio que siguió fue denso y sofocante, como cuando tocas una manilla metálica en pleno verano y enseguida te arrepientes.

Ella dio un sorbo al té, frunció el gesto y lo dejó en la mesa.

—No te gusta la manzanilla, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

—A mí tampoco.

Nos quedamos en silencio. Enfrentadas, a escasos metros, pero separadas por kilómetros. Una distancia que no se mide en pasos ni en centímetros, sino en todo lo que no habíamos dicho. En todo lo que no podíamos deshacer.

Se recostó en el sofá como si no se fiara de él. Como si al relajarse, los cojines fueran a engullirla o las paredes revelaran micrófonos ocultos. Lo entendía. La paranoia venía de serie con este estilo de vida.

—Odio esto —murmuró, con la vista clavada en la alfombra—. No solo esto —hizo un gesto vago en dirección a la habitación—. Todo. El fingir. El esconderse. Esa sensación de no saber ya qué parte de ti es real.

No reaccioné. No porque no doliera, sino porque me lo merecía. Cada palabra.

—No te culpo —dije—. Yo también lo odiaba. Lo sigo odiando.

Me miró entonces, con una expresión difícil de descifrar. Algo entre incredulidad y rendición.

—¿Entonces por qué lo haces?

La verdad era demasiado enrevesada como para sonar a algo que no fuera una excusa. Pero lo intenté de todos modos.

—Porque no sabía cómo volver a ser alguien normal —contesté—. Y cuando te conocí, estaba desesperada por algo normal. Solo que… no sabía

cómo pedirlo sin mentir.

Eliza negó despacio con la cabeza.

—Eso no es normal, Kate. Es manipulación.

Y no estaba equivocada.

Cerré los ojos un segundo. Lo justo para escuchar mi propio pulso retumbando en los oídos.

—No quise manipularte. Solo… —me detuve, los abrí otra vez—. Tú me miraste como si fuera alguien. No ella. No Juliette. Solo… alguien.

—Y ahora no puedo dejar de verla —dijo en voz baja—. Cada vez que hablas, cada vez que te mueves, la veo a ella. No lo puedo evitar.

Asentí, sin esperar perdón. Ni siquiera lo deseaba ya. Solo quería escucharla.

Se levantó. Despacio. Como si esa decisión hubiese estado formándose dentro de su cuerpo todo el rato.

—No sé si puedo con esto —dijo.

—Lo entiendo.

—No quiero vivir bajo los focos.

—Nunca te lo pediría.

—Pero ya están ahí —susurró—. El ruido. Los titulares. Las suposiciones. Ese maldito clic de la cámara… todavía me retumba en la cabeza.

—Lo sé.

Quise decir algo más. Algo mejor. Algo que no sonara a guion aprendido de una versión más optimista de mi vida. Pero no salió nada. Ni una palabra me pareció segura.

Ella se dirigió a la puerta.

—Necesito espacio —dijo.

Asentí.

—Te lo daré.

Y lo decía de verdad. Aunque se sintiera como arrancarme algo de dentro.

Tenía la mano en el pomo cuando se detuvo. Se giró apenas lo suficiente como para mirarme por encima del hombro.

—Me gustabas más cuando no sabía cómo te llamabas —dijo. No fue cruel. Solo honesta.

Y luego se marchó. Sin dramatismos. Sin lágrimas. Solo una puerta cerrándose con suavidad. Y al otro lado, una mujer a la que quizá habría podido amar… si hubiera tenido el valor de mostrarle quién era antes de que fuera demasiado tarde.

9



Eliza

No huí. No exactamente. Simplemente… no volví.

Durante tres días dejé sus mensajes sin abrir, como cartas olvidadas de otra vida. Veía su nombre parpadear en la pantalla y lo dejaba desvanecerse, igual que la luz del sol que se desliza por el suelo y desaparece tras las cortinas. No porque estuviera furiosa —aunque lo estaba—, ni porque quisiera castigarla —aunque quizás, un poco, sí—, sino porque ya no sabía qué significaba todo esto.

Y cuando no sé algo, me bloqueo.

He sobrevivido a corazones rotos antes. Novias que no terminaban de entenderme. Clientes que creen que dibujar erizos voladores no es un trabajo de verdad. He aprendido a respirar en medio de silencios incómodos y a alejarme de lo que duele sin convertirlo en poesía.

Pero nunca me había visto a mí misma, borrosa, en una web de cotilleos. Congelada en mitad de una carcajada, junto a una mujer cuyo nombre real apenas conocía.

«La nueva y misteriosa pareja de Juliette Vaughn». Así decía el titular.

No era misteriosa. Solo estaba desprevenida.

Dije su nombre en voz alta una vez, descalza en la cocina, con una taza de té frío entre las manos, como si pudiera darme estabilidad. Juliette Vaughn. No encajaba. Demasiado brillante, demasiado famosa, demasiado lejos de la chica del pelo alborotado y las manos nerviosas que hablaba de sus cereales favoritos como si fueran un recuerdo sagrado.

Kate tenía pecas. Juliette tenía focos.

Y aun así… no dejaba de recordar las pequeñas cosas. La manera en que se comía primero los bordes de la pizza, como si fuera el postre. Cómo una vez me quitó una aceituna de la nariz sin inmutarse. La forma en que me miraba

cuando creía que yo no la veía: dulce y desconcertada al mismo tiempo, como si tampoco ella pudiera creerse que yo era real.

Esos recuerdos no eran de Juliette Vaughn. Eran de Kate.

Y eso me asustaba.

Porque cuando alguien te deja marchar sin ir detrás de ti, significa que te respeta.

Y eso duele más que cualquier gesto grandilocuente.

Así que la tercera noche, en algún momento entre doblar ropa que no hacía falta doblar y revisar el móvil por séptima vez en una hora, le escribí:

«Si volvemos a vernos, tiene que ser en tu casa. Sin cámaras. Sin sorpresas. Solo nosotras».

Su respuesta llegó tan rápido que pensé que quizá ya la tenía escrita y lista para enviar.

«Cuando tú quieras».

Así que fui.

Me planté frente a su edificio con el corazón golpeando como si quisiera salirse. Llevaba mis botas viejas —las que tienen una mancha de tinta en el talón— y la bufanda que siempre se me escurre por mucho que me la apriete. No llevé nada más.

brió la puerta con una sudadera tres tallas más grande y el pelo recogido en un moño que claramente se había rendido.

Y su rostro—desnudo, callado, abierto—tenía la expresión de alguien que no sabe si eres un recuerdo o un milagro.

—Hola —dijo.

—Hola —respondí.

Entré sin pedir permiso.

Su piso era justo como me lo había imaginado. Lo cual, francamente, me aterraba un poco. Espacios fríos y abiertos. Ventanas altas. Paredes lisas. De esas casas que te hacen hablar más bajo sin saber por qué.

Parecía sacado de una revista. Uno de esos sitios diseñados para impresionar, no para ser habitados. Pero entonces…

Había una chaqueta tirada sin cuidado sobre una silla. No era de marca. No estaba colocada a propósito. Solo… olvidada. Y en la mesa del salón, una vela

derretida de lado, como si hubiera estado encendida durante horas antes de que alguien se acordara de apagarla.

Un par de zapatillas junto a la puerta —una vencida hacia dentro, como si ya se hubiera rendido.

Libros en una estantería que no combinaban con los muebles. Libros de verdad. Con lomos agrietados y esquinas dobladas.

Olía levemente a piel de naranja y polvo. Como si alguien hubiera intentado limpiar la semana pasada y se hubiera rendido a mitad de camino.

Me gustaba más de lo que quería admitir.

—¿Esto es seguro? —pregunté aún de pie en el umbral, como alguien que intenta no dejar huella.

Sonrió, torcida y cansada.

—Más seguro que cualquier otro sitio al que voy.

Miré mis zapatos. Estaban húmedos por la acera y odiaba la idea de ensuciarle el suelo, aunque ya no fuera perfecto.

—¿Puedo quitármelos?

—Puedes quitarte el mundo entero si quieres —dijo demasiado rápido. Y luego apartó la mirada, como si se arrepintiera de lo sincero que había sonado.

Me descalcé y los coloqué con cuidado junto a la pared. Llevaba calcetines desparejados. Uno a rayas, el otro con un pequeño agujero cerca del dedo. Ella no dijo nada. Se lo agradecí.

No había música. Ni jazz suave ni instrumentales de fondo para amortiguar la tensión. Solo nuestras respiraciones y el crujido ocasional del suelo, como si incluso el edificio intentara escuchar.

Me hizo un gesto hacia el sofá. Me senté. No en el borde, ni en el centro. En un punto incierto, intermedio. Ella me siguió, dejando el suficiente espacio como para fingir que no se sentía como una negociación.

—He hecho té —dijo—. O algo que se le parece. Está en la cocina, si quieres.

—Estoy bien —respondí, aunque ya no sabía qué significaba «bien». ¿Estar bien por estar allí? ¿Estar bien fingiendo que no me dolía aún? ¿Estar bien con el peso de la última semana aplastándome el pecho como un gato dormido al que no quieres despertar?

Asintió, cruzó las piernas y dejó las manos en el regazo, como quien intenta comportarse en misa.

Hubo una pausa. Una de esas largas, enredadas, en las que las palabras comienzan a subir pero todavía no saben en qué forma aparecerán.

—No sabía si vendrías —susurró, al fin.

—Yo tampoco —dije. Y era verdad.

—No te habría culpado —añadió.

Y la creí. Y eso fue lo peor.

No estaba siendo dramática ni manipuladora, ni intentaba recuperarme con una gran actuación. Solo estaba… allí. Con el pelo sin lavar, los ojos cansados y una esperanza tan frágil que casi podía verla palpitar bajo su piel.

—No sé qué es esto —admití.

—Yo tampoco —dijo ella.

Y nos quedamos así—incómodas, descalzas, aún respirando.

El silencio no duró para siempre, pero se quedó lo suficiente como para cambiar la forma de la habitación.

Empecé a fijarme en detalles que al principio había pasado por alto. La manta doblada sobre el respaldo del sofá no era suave, pero se notaba usada. Familiar. En el alféizar había una taza de café a medio terminar, ya fría. Al lado, una nota adhesiva con algo garabateado en mayúsculas: LLAMAR A MAMÁ, seguida de un dibujo que parecía un lama con sombrero. Era malo. Confortablemente malo.

Kate—no, Juliette, o tal vez ambas—me observaba observar. Creo que sabía que necesitaba ver las grietas. Y creo que ella también necesitaba mostrármelas.

—Puedes preguntarme lo que quieras —dijo, con la voz apenas por encima del zumbido de la nevera—. Aunque pienses que es una tontería. O injusto.

La miré. Las pecas que normalmente no dejaba que nadie viera. El esmalte de uñas descascarillado. Las manos que seguía retorciendo en el regazo.

—Vale —dije, despacio—. ¿Te estabas… riendo de mí?

Levantó la cabeza de golpe.

—No. Dios. Eliza, no.

—Es solo que… —me detuve. Porque, ¿cómo se explica ese tipo de traición que no duele como un corte, sino como un frío que se instala lento? Como

entrar en una piscina que creías caliente y descubrir que está helada… pero ya es tarde, ya estás dentro.

—Sentí que por fin había encontrado a alguien que me veía —continué—. Y resulta que tú te estabas escondiendo. Así que ahora no sé qué vi. O si fue real.

Inhaló, sostuvo el aire un segundo, lo soltó como si confesara algo.

—Fue real —dijo—. Todo lo que te dije. Todo lo que sentí. Solo que… no quería que me conocieras así.

—¿Así?

Hizo un gesto vago hacia sí misma.

—Como la persona que arruina las cosas. A la que siguen por la calle. Que sale mal citada en entrevistas. Que tiene fans pero no sabe si tiene amigas.

No dije nada.

Parpadeó demasiado rápido, luego sonrió de ese modo que tienen las personas que están intentando no llorar.

—Quería conocer a alguien que no tuviera ya una idea preconcebida de mí en la cabeza —dijo—. Y te encontré a ti. Tú no me conocías. No esperabas nada de mí. Y yo… pude ser otra por un rato. No para fingir, sino porque… me sentía segura.

—No estaba fingiendo aquellas noches —añadió—. Las risas, las historias absurdas, la pizza en la playa. Eso no fue actuar. Era yo. Tal vez no la versión completa, pero la más sincera que he mostrado jamás.

Y la creí. O al menos, una parte de mí lo hizo. La parte que había echado de menos su voz por las noches. La que recordaba cómo miraba el atardecer como si fuera una película antigua que nunca se cansaba de ver.

Pero creer no era confiar. No todavía.

Se levantó para ir a buscar el té. No fue un gesto dramático. Solo una decisión tranquila, de esas que flotan en el aire entre dos personas que todavía no han aprendido a estar cerca sin recordar todo. La observé desaparecer en la cocina, sus pies en calcetines moviéndose por el suelo como si intentara no despertar algo dormido.

Cuando regresó, me tendió una taza desportillada con un dibujo de pequeñas flores azules, casi borradas en el borde. Estaba caliente. Y tenía aroma. Rooibos, creo. Con canela.

—Este no sabe a arrepentimiento —dijo en voz baja, volviendo a sentarse —. Lo comprobé.

Le dediqué una sonrisa leve. Solo la justa para decir que valoraba el gesto. No lo suficiente como para perdonar.

Bebimos en silencio. Había una abolladura en la pared, cerca de la estantería. Imaginé que tendría una historia. Todo en ese piso parecía tenerla. Era el tipo de lugar que no ha sido decorado, sino habitado.

Y entonces me di cuenta—de lo raro que era estar sentada allí, junto a alguien a quien, técnicamente, solo había conocido unas semanas antes, y sin embargo sentir que conocía el sonido de su risa mejor que el plano de mi propio baño.

—¿Cómo puedes vivir así? —pregunté de pronto—. Con las cámaras. Los… ojos.

Inclinó la cabeza, pensativa.

—No lo sé —admitió—. Algunos días, no lo hago. Algunos días finjo que todo es un sueño. O una broma. O que le está pasando a otra persona.

Asentí, porque yo también había hecho eso. Solo que en un escenario más pequeño. Con un público más silencioso.

—¿Se vuelve más fácil?

Negó con la cabeza.

—Se vuelve distinto —dijo—. Y entonces te cansas de fingir que no es difícil. Así que dejas de fingir. Y a veces, alguien te ve de todos modos.

La miré entonces. De verdad. El rostro sin maquillaje. La mano nerviosa alrededor de la taza. La vulnerabilidad justo bajo la superficie, como un nudo que aún no se atrevía a deshacer.

No estaba lista para decir que no importaba. Que podía olvidar cómo empezó todo. Pero tampoco estaba lista para marcharme de la versión de ella que solo existía en esa habitación. Esa versión cálida, desordenada, imperfecta, que no sabía qué hacer con las manos salvo aferrarse al té o a las disculpas.

—No sé lo que estoy haciendo —confesé.

Ella sonrió.

—Bien. Yo tampoco.

Y de algún modo, eso ayudó.

No había música. Ni discursos. Solo dos personas intentando compartir el mismo silencio sin romperse.

Y, por un momento, lo conseguimos.

10



Kate

No terminé de creer que estuviera pasando hasta que vi sus pies descalzos sobre mi alfombra. Llevábamos casi una hora en el sofá, bebiendo un té que ambas fingíamos disfrutar, esquivando los bordes de cosas que aún no estábamos listas para decir. Se rió una vez—suave, sorprendida—y yo me aferré a ese sonido como si pudiera anclarme.

Pero no fue hasta que se levantó, caminó hacia la ventana y se quitó los zapatos—dejándolos perfectamente alineados junto a la puerta—que algo dentro de mí cambió. Fue un detalle diminuto—el bajo de sus vaqueros rozando los tobillos, sus dedos hundiéndose en la alfombra—pero me golpeó el pecho como un trueno. Estaba descalza. Seguía allí. No había salido corriendo.

Volvió a dejar su bolso en el sofá, con naturalidad, como si lo hubiese hecho cientos de veces. Como si no me hubiese hecho ghosting durante días. Como si mi mundo no hubiese invadido el suyo.

Y yo me quedé allí, paralizada, observando cómo ocupaba espacio en mi apartamento como si ya fuera suyo. Sin anuncios. Sin gestos dramáticos. Solo presencia. Tranquila. Silenciosa.

Carraspeé.

—¿Te apetece un vino?

Me miró por encima del hombro.

—Solo si no es uno de esos chardonnays pretenciosos que bebes en Cannes.

Era tan Eliza. Desarmante y afilada, envuelta en humor como un caramelo con centro amargo. Sonreí. No porque fuera gracioso, sino porque ella lo era. Incluso ahora.

Fui a la cocina en piloto automático, intentando respirar como una persona normal. Abrí el armario. Saqué la botella que había comprado la semana anterior pero que no había abierto porque nada sabía bien sin ella.

En algún momento me di cuenta de que seguía encogida en el sofá, sentada con las piernas cruzadas, los dedos siguiendo la costura de un cojín que no combinaba con nada más en la habitación.

No se había movido mucho desde que le llevé el té, salvo para cambiar de postura o recogerse un mechón de pelo tras la oreja. Pero ahora, en el silencio que se había instalado entre nosotras, podía verla de verdad.

Su expresión era tranquila. Tal vez incluso ilegible. Pero sus ojos… sus ojos lo estaban observando todo. A mí. Mi forma de caminar. El temblor en mis manos.

Le tendí la copa. Sus dedos rozaron los míos, y ese contacto fugaz hizo que la habitación se descentrara levemente.

—Gracias —dijo, y dio un sorbo.

Hablamos. De verdad. Sobre lo que importaba. Sobre lo que dolía. Ella escuchó como si de verdad quisiera hacerlo, como si no solo me dejara hablar, sino que recogiera cada palabra con cuidado. Y luego, cuando ya no quedaba nada que decir—nada nuevo, al menos—derivamos hacia territorios más seguros.

Los gatos callejeros de nuestros barrios. Un libro que ambas abandonamos a mitad. Lo ridículamente cálido que estaba marzo. Palabras de relleno. Ligereza después de la tormenta. Una forma de recuperar el aliento sin tener que nombrarlo.

Con el tiempo, incluso eso se desvaneció, y el silencio volvió. No ese que se acumula hasta que alguien explota. Este era más suave. Lleno de respiraciones pequeñas y una paz frágil. Las dos nos quedamos ahí sentadas como si ninguna quisiera ser la primera en romperlo.

Y entonces lo preguntó. En voz baja. Como si no quisiera asustar a la respuesta.

—¿Qué quieres de esto?

No mentí.

—No lo sé —susurré—. Solo sé que cuando estás aquí, me da miedo. Pero cuando no estás… es peor.

Ella no dijo nada. Solo asintió. Despacio. Y luego se levantó.

Pensé que tal vez se iba. Pero en lugar de eso, caminó hacia mí.

Dejé mi copa, mis dedos torpes, e intenté prepararme para lo que viniera después. No me dio tiempo. Me besó. Y todo lo demás desapareció.

Me besó como si lo dijera en serio. No como quien tantea, ni como quien prueba algo peligroso con la punta del pie, sino como alguien que ya se ha lanzado al agua y ha decidido no volver a nadar a la orilla. Sus labios eran suaves pero seguros, sin prisa, como si no tuviera miedo del silencio, ni de la quietud, ni de lo que pudiera venir después. Y yo… yo le devolví el beso como quien recibe una cerilla en mitad de un apagón. Como si fuera la única luz que me quedara.

No sé cuánto duró. Lo suficiente para olvidar dónde estábamos. Lo suficiente para dejar de fingir que tenía el control. Sus manos estaban en mi mandíbula, en mi cuello, en mi pelo—curiosas, cálidas, un poco inseguras. Como si me estuviera aprendiendo. Como si explorara un territorio nuevo, un latido cada vez.

Intenté seguir respirando con normalidad, pero esto no era lo que yo sabía hacer. Yo sabía de sets controlados y diálogos memorizados y de esconder cosas tan profundamente que hasta yo me olvidaba de ellas. Pero Eliza… ella me deshacía como si fuera algo blando. Algo que valía la pena desplegar.

Cuando nos separamos, no dijo nada. Solo apoyó su frente contra la mía, como si necesitara volver a aterrizar. Su aliento rozó mi mejilla, rápido y cálido, y cerré los ojos.

Podría haberme quedado así para siempre.

Pero me tomó de la mano. Me condujo, en silencio, por el pasillo. Hasta mi dormitorio.

No fue romántico. No realmente. Había libros apilados en el suelo, un vaso de agua con marcas de pintalabios de hacía una semana, un jersey medio colgado en el respaldo de una silla. No me había preparado para esto. Ni me había atrevido a hacerlo.

Aun así, ella entró como si ese fuera exactamente su sitio. Se giró hacia mí, con los dedos aún entrelazados con los míos, y por un segundo creí que cambiaría de idea. Que retrocedería. Que diría que era demasiado, demasiado pronto. Pero no lo hizo.

Se acercó aún más.

—No estoy aquí por la fantasía —susurró—. Estoy aquí por ti. Desordenada. Complicada. Humana.

Esa palabra. *Humana.* Me golpeó más fuerte de lo que esperaba. Porque había pasado tanto tiempo siendo todo lo demás—perfecta, pulida, inaccesible —que casi había olvidado lo que se sentía al ser simplemente eso.

Así que la busqué de nuevo. Y esta vez, dejé que me desnudara. Despacio. Con suavidad. Sin prisa. Me tocó como si no estuviera hecha de cristal, sino de papel—frágil, sí, pero cubierto de palabras. De historias. De verdades. De cosas que quería leer, no reescribir.

No le pedí que se quedara. Ya lo había hecho.

Y creo que eso fue lo que más me sorprendió. Que nada de aquella noche se sintiera apresurado. Sin desesperación. Sin urgencia contenida. Solo ese tipo de silencio que ocupa espacio entre dos personas que saben lo que es tener miedo y, aun así, eligen quedarse.

Sus manos sobre mí eran suaves, pero no dudaban. Se movían como si confiaran en su propia curiosidad. Como si no tuviera miedo de encontrar mis bordes, las partes ásperas, las líneas torcidas que suelo disimular con luces, guiones y el ángulo correcto. No buscaba perfección. Solo presencia.

No hubo frases ingeniosas. Ni una banda sonora creciendo bajo nosotras. Solo el roce de las sábanas y el murmullo lejano de la ciudad detrás de las ventanas, amortiguado por las cortinas y el vaho de nuestra respiración. Me besó el hombro como si hiciera una promesa. Suspiró en mi cuello como si yo fuera algo seguro. Y yo… Dios, yo la dejé. Me dejé abrazar así. Me dejé ver así. Me dejé conocer.

Susurré su nombre, una sola vez, en la oscuridad. No para asegurarme de que era real. Sino para recordarme que yo lo era.

—Eliza —dije. Como si fuera una pregunta a la que ya conocía la respuesta.

Ella no dijo nada. Solo deslizó los dedos por mi espalda, lentos y constantes, como trazando un mapa. Como memorizando un camino que no quería volver a perder.

Y cuando finalmente pronunció mi nombre—*Kate,* no Juliette, no ninguna de las que había tenido que fingir ser—sentí que se desprendía algo de mi pecho que ni siquiera sabía que cargaba.

Quise preguntarle si estaba bien. Si aquello era demasiado. Si *yo* lo era.

Pero su respiración se había calmado, suave y rítmica contra mi clavícula, y no podía permitirme romper esa paz. No cuando se sentía como la primera que tenía en años. Así que, en lugar de hablar, la observé. Memoricé la forma en que se acurrucaba junto a mí, no porque se lo hubiera pedido, sino porque quería. Porque algo dentro de ella había decidido—solo por esa noche—que ese era su lugar.

Más tarde, mucho después de que el mundo se hubiera quedado en silencio y las copas de vino fueran un recuerdo olvidado sobre la mesa, se movió en sueños. Susurró algo que no entendí. Y entonces, como si siempre hubiera estado ahí, su mano encontró la mía bajo las sábanas.

Dedos entrelazados. El agarre ligero, pero firme. No me moví. No hablé. No me permití pensar demasiado en lo que vendría mañana.

Porque a veces, lo único que se puede hacer—lo más valiente—es dejar que alguien se quede. Y dejarte quedar tú también.

Me desperté antes que ella. No porque lo decidiera. Mi cuerpo simplemente no sabía cómo seguir dormido con otra persona en la cama. Había desaprendido el ritmo de las mañanas compartidas hacía mucho—lo había cambiado por rodajes tempranos, cortinas opacas y el zumbido sutil de un móvil con veinte correos sin leer.

Pero esa mañana, me quedé quieta. Observé cómo la luz del sol se filtraba por las persianas, tiñendo de dorado su hombro. Un rizo se había escapado del moño suelto con el que dormía y ahora descansaba sobre su mejilla, subiendo y bajando con cada respiración. Parecía alguien que no pertenecía a este mundo, al menos no al mío. Y, sin embargo, ahí estaba. En mi cama. En mi espacio. Real.

Por un instante, me permití creer que así podría ser siempre. Luego el pensamiento se deshizo, como siempre pasa.

Porque esto no era normal. No era fácil. Y yo no era una apuesta segura. Era una complicación disfrazada de fantasía romántica. Una mujer cuya vida real podía hacer que la de otra se viniera abajo. Lo sabía. Lo cargaba como una sombra.

Aun así, no me moví. Dejé que el momento respirara un poco más.

Finalmente, se movió. Parpadeó una vez, luego otra, y se giró hacia mí con esa ternura somnolienta que hizo que mi corazón olvidara cómo funcionar.

—Hola —susurró.

—Hola —le respondí en voz baja, como si fuera un secreto.

Nos quedamos allí un rato más. Sin prisas. Sin fingir. Solo calor, piernas entrelazadas y la certeza de que, al menos por una noche, nos habíamos elegido.

No fue hasta que su estómago rugió—alto y sin pedir disculpas—que se incorporó, frotándose los ojos.

—Aparentemente, necesito comida.

Sonreí, apartándole el cabello de la cara.

—Hay cereales. Y tostadas. Incluso huevos, si te atreves.

Se estiró, se envolvió las sábanas un poco más y me miró.

—¿Cocinas así para todas tus citas?

Negué con la cabeza.

—No. Solo para las que se quedan.

No dijo nada a eso. Pero sonrió—suave y ladeada—y salió de la cama como si lo hubiera hecho un centenar de veces. Como si esto fuera normal. Como si *nosotras* fuéramos normales.

Y por primera vez, me permití moverme con ella. Hacia la cocina. Hacia la mañana. Hacia lo que fuera que esto estaba empezando a ser.

11



Eliza

Me desperté enredada en unas sábanas que no eran mías, con el sol estirando sus dedos sobre un techo que no reconocía. Por un momento, fue como estar en ese lugar intermedio: ni sueño ni realidad, solo respiración, tela y calor. El lento subir y bajar del pecho de alguien contra mi espalda. El olor a algo floral y caro que flotaba en la funda de la almohada.

Y entonces todo volvió de golpe. Kate. Su cama. Sus brazos alrededor de mí. Su verdad, ya sin disfraces.

No me moví. No quería romper la paz frágil que se había posado sobre nosotras durante la noche. Había algo insoportablemente tierno en la forma en que nuestros cuerpos aún se tocaban, como si no se hubieran enterado de que el mundo allá afuera ya se estaba moviendo, ya estaba afilando los dientes.

Desayunamos descalzas. Dos tazas —un café demasiado fuerte y una cosa herbal que no supe identificar—. Unas tostadas que olvidamos en la tostadora hasta que se volvieron de ese marrón trágico. No hablamos de nada importante. No del mundo. No de su nombre. No de lo que vendría después. Era como respirar dentro de una burbuja de jabón: hermoso, ligero y a segundos de estallar.

Entonces sonó mi teléfono.

Lo miré sin pensar, esperando un correo del trabajo o un meme de Maureen. Pero no. Era de ese tipo de notificaciones. De las que tienen letras mayúsculas, signos de exclamación y fotos granuladas tomadas desde la otra acera.

¿QUIÉN ES LA MISTERIOSA ACOMPAÑANTE DE JULIETTE VAUGHN?

Se me detuvo el corazón.

En la imagen solo se veían unas piernas. Desnudas, pálidas. Mi sudadera. Su calle. Su puerta. Suficiente para conectar los puntos.

No grité. No lloré. Pero las manos se me quedaron frías, y le entregué el teléfono sin decir palabra.

Ella ni siquiera se inmutó. Solo asintió, sacó su propio móvil, que ya vibraba con llamadas y mensajes perdidos. Su publicista. Su representante. Su madre.

—Lo siento —dijo en voz baja—. Te juro que no sabía que estaban ahí.

Le creí. Eso fue lo peor. No estaba enfadada porque me hubiera mentido. Estaba enfadada porque no lo había hecho. Porque esto era real. Y el mundo real ya había empezado a colarse por las rendijas.

—No quiero esto —susurré—. No quiero ser un artículo. Ni un titular. Solo quería que fuera real.

—Lo es —dijo ella de inmediato, casi con desesperación—. Eliza, esto—nosotras—es lo más real que he tenido en mucho tiempo.

—Entonces protégelo —dije—. Protégeme.

Y me abrazó como si de verdad pudiera hacerlo.

Pero los abrazos no detienen titulares. No borran fotos. No te vuelven invisible.

Esa tarde me fui por la puerta trasera, con gafas de sol, una sudadera demasiado grande y su olor aún en mi piel.

Nunca me había sentido tan expuesta. Y nunca lo había odiado tanto.

No lloré. Pensé que lo haría, más tarde, cuando estuviera sola. Pero no cayeron lágrimas. En su lugar, había una especie de quietud palpitante dentro de mí. No paz. No entumecimiento. Más bien… presión. Como si alguien hubiera dejado caer una cámara dentro de mi pecho y la hubiera dejado grabando. Cada movimiento, cada respiración, cada pensamiento—capturado.

Tomé el camino largo de regreso a casa. Cabeza baja, gafas de sol, capucha cubriéndome la mayor parte del rostro. Debía parecer ridícula. Como una celebridad de imitación intentando con demasiadas ganas no ser reconocida, lo cual era irónico, considerando que no lo soy. Solo era la chica que estaba al lado de la famosa. La silueta sin nombre. El desenfoque que arruina reputaciones por proximidad.

En un semáforo, miré mi reflejo en el escaparate de una tienda. Me parecía a ella. A Kate. A cómo se viste cuando es solo Kate. No Juliette Vaughn. No el personaje. Llevaba su sudadera. Su aroma seguía adherido a mi clavícula. Su presencia aún me recorría los brazos como si no me hubiera marchado del todo.

Y me di cuenta: no estaba enfadada porque existiera una foto. Estaba enfadada porque ahora significaba algo.

Porque aquella burbuja que habíamos compartido se había deshecho. Y no estalló por algo entre nosotras. Estalló porque nunca estuvimos realmente solas.

Llegué a mi apartamento sin haber visto la mayor parte del camino. Me quité la sudadera y la doblé con cuidado, aunque oliera a ella, lo que lo hacía aún más difícil. Miré mi móvil. Docenas de mensajes de Maureen. Una nota de voz que no me atreví a abrir. Un solo mensaje de un número desconocido:

"¿Es cierto? ¿Estás con ella?"

Sin nombre. Sin signos de puntuación. Solo curiosidad disfrazada de preocupación. O quizá juicio. No sabía qué dolía más.

Puse el móvil boca abajo sobre la mesa. Luego lo moví al alféizar de la ventana. Después a la encimera de la cocina. Me siguió por todo el apartamento como una sombra que no había invitado.

Preparé un té que no me bebí. Me senté en el sofá sin encender las luces. Y seguí pensando en la forma en que Kate me había mirado cuando le dije "protégeme".

Porque lo decía en serio. Pero no sabía cómo. No cuando todo en su mundo está construido para ser observado. Analizado. Consumido.

Y yo no estoy hecha para eso.

Estoy hecha de papel y tinta. De suavidad y honestidad directa. Me hiero con facilidad. Siento demasiado. Lloro con los documentales y hablo con mis plantas. No soy una mujer para los focos—me encojo bajo ellos.

Pero también recuerdo cómo me sostuvo la noche anterior. Como si yo fuera algo raro. Algo frágil que quería mantener intacto.

Y quizá eso era lo que más miedo me daba. Porque cuando se pone a alguien como yo bajo ese tipo de luz, no brillo. Me quemo.

Esa noche no pude dormir.

Lo intenté. De verdad que sí. Encendí la vela de lavanda que reservo para emergencias, puse listas de reproducción instrumentales suaves como si intentara adormecerme en la calma de otra persona. Pero cada vez que cerraba los ojos, veía destellos.

No de recuerdos. De cámaras.

Los hombres sin rostro al otro lado de la calle. El clic del obturador. El desenfoque de mis propios brazos en el teléfono de otra persona.

No era solo la foto. Era lo que había robado. Ese momento. Esa mañana. Esa primera y frágil rendija de algo tierno entre nosotras. Algo que había sido nuestro, aunque fuera por un segundo. Ahora aplanado en un titular, retorcido en especulación. Y lo peor—reducido a ella otra vez. No a nosotras.

Kate—Juliette—estaba acostumbrada a esto. Llevaba años viviendo bajo vigilancia. Había construido una fortaleza con paciencia y encanto, dominado el arte de parecer imperturbable.

Yo no. Yo solo era una chica que quería estar con otra chica sin que el mundo se sentara a nuestra mesa.

Me tumbé de lado, mirando el techo, la silueta de su sudadera todavía colgada sobre mi cómoda como si se burlara de mí. Pensé en llamarla. En decir algo real y sin filtros, como odio esto, pero te echo de menos. Pero no lo hice.

En lugar de eso, pensé en mi cuerpo. No en el sentido romántico. No en el resplandor compartido. Sino en cómo se había vuelto visible. Observado. Incluso poseído, por gente que no se lo había ganado.

Había algo profundamente violento en eso. Mi muslo, mi sudadera, mi cabello de recién despertada—esas cosas no estaban destinadas a ser públicas. Estaban destinadas a pertenecerme. A pertenecernos.

Y, aun así, alguien apuntó con un objetivo y decidió lo contrario. Y el mundo hizo clic en "me gusta".

A las 3 de la mañana, ya estaba paseando de un lado a otro. A las 4, abrí mi cuaderno de dibujo. No el que uso para el trabajo. El otro. El secreto. El que tiene extremidades a medio trazar, manos nerviosas y ojos que se parecen demasiado a los suyos.

La dibujé. No perfectamente. No de forma glamurosa. Solo… real.

Su pelo alborotado como por la mañana, cayéndole sobre los ojos mientras intentaba untar una tostada. La curva de su hombro, tensa y suave a la vez. La

cicatriz diminuta en su barbilla que dijo que era de un accidente en bici, aunque apostaría a que tiene una historia mejor. Su boca—sonriendo como si tuviera miedo de ser pillada haciéndolo.

Seguí dibujando hasta que los dedos me dolieron. Y cuando miré la página, algo dentro de mí se revolvió.

Porque ahí estaba ella. No Juliette. No la chica de la revista. No la mujer con veintiséis looks de alfombra roja y un contrato con Netflix.

Solo Kate.

La que parecía nerviosa cuando me acercaba demasiado. La que no me besó primero, pero me devolvió el beso como si le doliera retenerlo. La que contaba hasta cinco, no antes, sino después—como si necesitara tiempo para creer que era real. La que susurró mi nombre como si fuera la primera palabra que aprendió en su vida.

Cerré el cuaderno, con suavidad, como si temiera despertarla.

Más tarde, caminé por el apartamento con los pies descalzos y demasiados pensamientos. Regué las plantas. Limpié la encimera dos veces. Abrí la ventana, esperando que la brisa despejara mi cabeza.

No lo hizo.

En cambio, me descubrí susurrando a la habitación vacía: "Te echo de menos", como si tal vez pudiera oírlo. Tal vez no lo haría.

Pero lo dije otra vez.

Porque no era para ella. Era para mí.

Para la versión de mí que no estaba segura de poder soportar ser vista. Para la chica que empezaba a entender que la vulnerabilidad no era debilidad—sino otro tipo de fuerza. Y para la mujer que, a pesar de todo, seguía durmiendo con su sudadera puesta.

12



Kate

Nunca se me han dado bien las promesas.

Me saben a trampa en la boca—como expectativas disfrazadas de amor, como futuros fracasos perfumados. He visto demasiadas promesas pudrirse al sol, abandonadas como fruta que nadie fue lo bastante valiente para morder.

Pero Eliza no me pide promesas. Me pide honestidad. Y esta es la mía: no sé cómo se hace esto. No sé cómo amar a alguien mientras el mundo observa. No sé cómo protegerla sin retirarme yo misma. No sé cómo ser a la vez la mujer que aparece en cámara y la mujer que la mira remover el azúcar en el té y morderse el labio mientras lee algo triste.

Pero la amo. De eso sí estoy segura, con una certeza casi vergonzosa. Y esta vez, no iba a ponerme una máscara para decirlo. Cuando abrió la puerta de su apartamento—más pequeño, más cálido, más real que cualquiera de los espacios en los que yo vivo—supe, en el acto, que no me la había cerrado del todo.

Parecía caos y consuelo a la vez. El pelo recogido con una pinza que claramente no estaba cumpliendo su función. Un jersey manchado, quizás de pintura, quizás de sopa, quizás de ambas. Sin maquillaje. Sin espectáculo. Solo ella. Era lo más bonito que había visto en semanas.

—¿Puedo pasar? —pregunté.

Asintió. Sin palabras. Solo ese "sí" suave y precavido que dijo con los ojos.

Nos sentamos en el sofá, sin tocarnos. El silencio era denso—no incómodo, no frío—solo pesado. Como si las dos esperáramos a que la otra respirara primero. Lo hice yo.

—No tengo respuestas —dije en voz baja—. No puedo prometer que esto será fácil. Habrá cámaras. Habrá rumores. Días malos. Días en los que querrás

salir corriendo. Y a veces… yo también.

Ella no se inmutó. Ni siquiera parpadeó.

—Vale —dijo.

Solo eso. Una palabra, y algo dentro de mí se rompió y se abrió.

—Pero si te quedas…

Mi voz se quebró. Tragué saliva, bajé la mirada a mis manos, y luego volví a mirarla.

—Si te quedas —repetí, con más firmeza esta vez—, intentaré hacerlo bien. No como actriz. No como alguien que finge estar enamorada. Como yo. Solo Kate.

Se inclinó hacia delante, despacio, con intención.

—¿Y quién es Kate? —susurró.

Le tendí la mano. Sus dedos estaban fríos, pero no los retiró.

—Kate no sabe mucho —dije—. Pero te quiere. Torpemente. Por completo. Sin saber todas las respuestas.

No hubo música épica. Ni beso perfecto. Solo el sonido suave de su cuerpo acercándose. Su respiración encontrando la mía. Dos manos entrelazadas como si eso bastara. Y por una vez, tal vez bastaba.

No nos besamos. No al principio. Solo nos quedamos ahí sentadas, su mano en la mía, mi pulgar acariciando una mancha de pintura en su muñeca como si pudiera memorizarla por el tacto. No fue la pasión lo que nos sostuvo. Fue algo más lento. Más antiguo. Como un reconocimiento. Como si el silencio dijera: "Eh, te conozco. Te veo. No me voy a ir." Y tal vez eso fue más íntimo que cualquier beso.

Apoyó la cabeza en mi hombro y soltó un suspiro. Largo, de esos que no sabes que llevas conteniendo hasta que por fin lo dejas escapar. Lo sentí recorrerme el brazo como una onda, hasta instalarse en mi pecho.

—Tu corazón va rápido —susurró.

—Sí —dije, sonriendo contra su pelo—. Me pasa contigo.

No se rió, pero sentí cómo sus labios se curvaban en una sonrisa contra la tela de mi camiseta. Nos quedamos así un buen rato. La ventana estaba entreabierta, lo justo para dejar entrar la tarde, y en algún lugar afuera alguien había quemado tostadas. El mundo seguía avanzando—coches, conversaciones,

ese murmullo incesante de ciudad—pero en ese apartamento diminuto, el tiempo había dejado de pedirnos nada.

Con el tiempo, se incorporó. Se pasó una mano por el pelo como si intentara sacudirse algo invisible.

—He tenido miedo —dijo, con los ojos clavados en el suelo—. No de ti. De esto. De lo fuerte que suena. De lo rápido que va.

—Lo sé.

—Y no quiero un "para siempre" ahora mismo.

Se me detuvo el aliento. No por dolor. Por alivio.

—Bien —dije—. Porque soy realmente mala con los "para siempre".

Eso la hizo reír. Por fin. Esa risa suave, desprevenida, que siempre me dejaba un poco sin aire.

—Solo quiero —continuó— un pequeño espacio que sea nuestro. Donde no le debamos explicaciones a nadie. Donde tú no seas Juliette Vaughn y yo no sea "la chica de la foto". Solo… tú y yo.

La volví a tomar de la mano. Le sujeté el rostro con las dos manos como si fuera una pregunta que quería responder con todo el cuerpo.

—No puedo darte un mundo sin ruido —le dije—. Pero puedo darte mi silencio. Puedo hacer espacio, Eliza. Quiero hacerlo.

Esta vez, cuando nos besamos, fue suave. Con los pies en la tierra. Un beso con los ojos cerrados y el corazón abierto. No fue una despedida, ni una promesa, ni un gesto grandioso. Fue presencia. Fue nosotras. Y cuando nos separamos, no dijo nada. Se levantó y fue a la cocina. Y yo la seguí—no porque tuviera que hacerlo, sino porque eso es lo que haces cuando alguien te deja entrar de nuevo. La sigues. Te lavas las manos. Arruinas una olla de pasta juntas. Y te quedas. Incluso cuando aún estás aprendiendo cómo.

No me pidió que me quedara a cenar. No hacía falta. Ya estaba abriendo armarios como si lo hubiera hecho un montón de veces. Ella estaba en la estufa, con el ceño fruncido, intentando recordar si el agua se hierve antes o después de echar la pasta. Me apoyé en la encimera, escondiendo una sonrisa.

—Siento que estoy viendo un tutorial de cocina a cámara lenta —dije.

Entrecerró los ojos.

—¿Quieres cenar o no?

—Con desesperación.

—Entonces cállate, Vaughn.

Eso me hizo sonreír. Siempre lo hacía cuando me llamaba por el apellido—no como una fan, no como un titular, sino como alguien que sabía cómo desarmarme con una sola palabra.

Piqué verduras. Mal. Ella intentó hacer la salsa y de alguna forma la volvió rosa. Ambas gritamos cuando la pasta se desbordó, y ella lanzó la tapa de la olla con un pánico teatral, ahuyentando el vapor como una guerrera armada con una cuchara de madera.

Fue un desastre.

Fue perfecto.

Terminamos con un plato lleno de penne apelmazados y una salsa que quizá había sido marinara, pero que ahora parecía un atardecer descompuesto. Comimos sentadas en el suelo, con las piernas cruzadas, espalda apoyada en los armarios de la cocina, dos tenedores desparejados y un solo plato compartido entre nosotras.

—Esto está horrible —dije, con la boca llena.

Ella asintió solemnemente.

—Verdaderamente terrible.

Y entonces nos reímos. De verdad. De esas risas que empiezan en el pecho y hacen que los hombros se sacudan. De esas que descargan algo pesado sin necesidad de nombrarlo.

En un momento, apoyó su cabeza en mi hombro de nuevo. Esta vez no por nervios, sino porque quiso. Porque pudo.

Discutimos—de forma leve y absurda—sobre si los dinosaurios se parecían más a pájaros o reptiles. Ella insistía en pájaros. Yo le dije que no podía confiar en ninguna criatura que hubiera sido un T-Rex y ahora se sentaba en los cables del tendido eléctrico cagando sobre la gente. Me llamó "poco científica" y casi se atraganta con la pasta. No me había sentido así en mucho tiempo. No solo feliz. Sostenida.

Más tarde, sacó un cuaderno de dibujo que no había visto antes. Era más grueso que los otros. La espina se rompió cuando lo abrió.

—Estos no son para trabajar —dijo—. No se los muestro a nadie.

Aun así, me lo pasó. Página tras página de líneas suaves, caras imperfectas, pelo desordenado, piel tocada por sombras y luces. Algunas se parecían a ella.

Otras a nadie. Una parecía casi exactamente a mí. Me detuvo.

—Lo dibujé antes de nuestra segunda cita —dijo en voz baja, observándome—. Todavía no lo sabía. Pero creo que ya estaba intentando recordarte.

No supe qué decir. Así que la besé. No para dar las gracias. Para decir "aquí estoy". Para decir "yo también te recuerdo". Después de eso, no dijimos mucho. Algunas cosas no necesitan narración. Viven mejor en el silencio—en la forma en que alguien traza el borde de un dibujo con la yema del dedo, o cómo inclina la cabeza cuando piensa en pedirte que te quedes, pero aún no sabe si es lo suficientemente valiente.

Me senté junto a ella en el sofá, el cuaderno todavía en mi regazo, incluso después de cerrarlo. Su rodilla tocó la mía. No sabía si fue intencionado, pero no me moví. Había algo sagrado en esa pausa. Como si las dos supiéramos que la noche se nos escapaba, pero ninguna quería soltarla todavía.

Finalmente, se levantó, se estiró y encendió una lámpara en la esquina que bañó la habitación con una luz dorada. Cogió una manta—de esas de punto con agujeros que en realidad no abrigan mucho—y nos la echó sobre las piernas al sentarse de nuevo.

—¿Película? —preguntó.

—¿Qué tipo?

—Mala.

—¿De esas malas-buenas o malas-malísimas?

Sonrió.

—De esas en las que gritas a la pantalla y luego te arrepientes de haber perdido dos horas.

Nos decidimos por una comedia romántica de los 90 con una trama llena de malentendidos improbables y una banda sonora compuesta enteramente por canciones que deberían haber quedado en la fase demo. Fue perfecta. A mitad de película, apoyó su cabeza en mi muslo. Me quedé paralizada, solo por un segundo. No porque no lo quisiera. Sino porque ese tipo de cercanía—siempre me pilla desprevenida. La que no tiene que ver con sexo, ni drama, ni actuación. Solo con el contacto. Con ser deseada, en silencio.

Aparté un mechón de su cara. No levantó la vista. Solo dejó escapar un suspiro contento y murmuró:

—Quédate esta noche.

Dos palabras. Susurradas como una sugerencia. Una posibilidad. No una demanda. No respondí de inmediato. No porque dudara. Sino porque quería estar segura de que cuando dijera que sí, fuera desde el lugar correcto. No culpa. No miedo. Ni siquiera deseo. Solo… sí.

Me incliné, le di un beso en la sien y dije:

—Por supuesto.

Después, nos metimos en su cama como si fuera un lugar secreto que solo nosotras conocíamos. Nadie se desnudó. Nadie buscó más. Simplemente nos acurrucamos bajo demasiadas mantas, con el sonido de la película todavía murmurando de fondo. Ya no se trataba de gestos grandilocuentes. Se trataba de estar ahí. Su mano en la mía. Mi nariz en el hueco de su cuello. El ritmo de su respiración, ahora más lento, más profundo. Y justo antes de dormirse, dijo —suave, medio dormida:

—No me prometas un para siempre.

Apreté su mano.

—No lo haré.

—Solo… prométeme el mañana.

Le besé el hombro.

—Mañana —susurré—. Y entonces veremos.

Porque a veces el amor no se construye en futuros. Se construye en las noches en las que dices que sí a un día más. Y lo dices en serio.

A la mañana siguiente, desperté antes que ella. Aún era temprano, ese tipo de temprano que hace que todo parezca suspendido en el tiempo. La calle afuera todavía no había empezado a quejarse. No había sirenas. No ladridos. Solo el susurro de una ciudad que aún soñaba.

Ella estaba acurrucada hacia mí, con los dedos agarrando suavemente el borde de mi camiseta, como si tuviera miedo de que desapareciera si la soltaba. Y por un segundo pensé: Así es la paz. No la glamorosa. Ni la sonrisa de conferencia de prensa. La verdadera. Silenciosa. Calentada por el aliento. Llena de cabello despeinado, labios secos y sueño en los ojos.

No quería moverme. Pero mi brazo empezó a entumecerse. Me moví con cuidado, tratando de no despertarla. Su rostro se frunció un poco cuando me

aparté, y podría haber llorado al verla extenderse hacia mí sin siquiera pensarlo. Le besé la frente y me levanté de la cama.

En la cocina, herví agua. No sé por qué. Aún no sabía cómo le gustaba el té. Habíamos hecho tantas cosas—habíamos compartido tantas verdades—y aun así, las pequeñas preguntas domésticas seguían siendo un misterio. Me gustaba eso. Me gustaba que quedaran cosas por descubrir.

Las tazas no hacían juego. Una tenía un dinosaurio de caricatura que decía: Estoy haciendo lo mejor que puedo. La otra solo decía NOPE en letras grandes y negritas. Sonreí al elegir la del dinosaurio para ella.

Salió unos minutos después, con el pelo hecho un desastre, las mangas remangadas, y los ojos todavía vidriosos.

—Estás en mi cocina —dijo, frotándose los ojos.

—Sí —contesté.

—¿Y estás haciendo té?

—Estoy intentándolo. Es una pieza de actuación.

Ella tomó la taza que le di y la miró como si significara algo. Quizá lo hacía. Nos sentamos en el sofá, bebiendo en silencio. No había presión. No hablamos de lo que éramos. No necesitábamos definir lo que estábamos construyendo. Solo el suave tintineo de su cuchara contra la porcelana y el calor del té entre nosotras.

Finalmente, dijo:

—No quiero que esto sea una fase.

Me giré hacia ella.

—No lo es.

—Pero no sabes qué va a pasar. Yo tampoco.

—Lo sé —dije—. Pero también sé que no vine aquí a actuar. Vine porque eres el único lugar donde me he sentido yo misma en mucho tiempo.

No dijo nada al principio. Luego se apoyó en mí, con la cabeza en mi hombro, y susurró:

—Sigamos despertando así. Sin grandes planes. Sin para siempre. Solo mañana.

Asentí. Porque algunas personas necesitan votos. Otras necesitan fuegos artificiales. Discursos. Anillos. Pero nosotras? Solo necesitábamos el tipo

silencioso de promesa. Ese que susurras en el cabello de alguien antes de que el mundo despierte. Ese que mantienes quedándote.